

ENTREGA DEL PREMIO “ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS” -AÑO 1997-

Por el académico DR. JORGE A. AJA ESPIL

La Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas instituyó el premio que lleva su nombre, en la versión correspondiente al año 1997, con el siguiente tema: “Poder y corrupción”.

Al concurso que hoy nos ocupa se presentaron seis trabajos que fueron prolijamente analizados por un jurado compuesto por cinco miembros de número de nuestra Corporación, quienes coincidieron en seleccionar como ganador al presentado con el seudónimo Corax. Abierto el sobre correspondiente, el recipiendario del premio resultó ser el Dr. Osvaldo R. Agatiello.

Permítaseme aquí un breve paréntesis para formular algunas reflexiones sobre los premios en general y sobre el de nuestra Corporación, en particular.

En el curso de los últimos años hemos visto crecer, a un ritmo vertiginoso, el número de concursos literarios, científicos, periodísticos, fotográficos, televisivos. Muchos, muchísimos premios para todos los gustos y géneros. Por lo mismo que hay superabundancia de premios, obtener uno o varios de ellos resulta hoy más asequible que antaño.

La cuantía económica de los premios –más generosa cuanto más popular– tiene sus extremos cuantitativos entre la obra científica y las que promueve la sociedad teledirigida. Como dice Giovanni Sartori: el hombre ocular vence al homo sapiens; he aquí la cara y cruz de las recompensas, en relación directa a la atracción del público.

Desde otra perspectiva, debemos señalar que resulta ingenuo suponer que de cada concurso debe salir una obra maestra o un autor genial, pero sí permite convocar a obras de alta calidad intelectual o artística y, por tanto, lograr legítimos acreedores al galardón en juego.

Aquí es donde aparece la tarea de orfebre del jurado llamado a decidir. Cada uno de sus integrantes tiene sus criterios y preferencias con arreglo a su propio patrón de valores. Así, pues, y sin necesidad de dar crédito a las viejas suspicacias de Cervantes sobre los gustos literarios, se puede comprender cuánto de azaroso hay en los fallos del jurado.

Volviendo a la estructura del premio Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, que hoy consagra a un nuevo galardonado, debe recalcarse una primera exigencia: el concursante no participa porque tenga escrita una obra afín, sino que debe elaborarla específicamente para satisfacer la temática indicada por la convocatoria. En otras palabras, tiene que ser una buena obra, una obra que alcance la medida de la exigencia académica.

Hay algo más. El premio que otorga nuestra Corporación es un valioso acicate para estimular la pesquisa académica del graduado que ha encontrado en la Ciencia Política su vocación. Ya lo advertía –a comienzos de este siglo– una autoridad como la de Max Weber, cuando afirmaba que las ciencias sociales se encuentran en un estado de especialización nunca antes conocido y del que no habrán de salir jamás, por lo que un científico joven, agobiado por tareas docentes o profesionales, tendrá muy pocas posibilidades de hacer la imprescindible investigación.

Y bien, esta es la oportunidad que ofrece el premio de nuestra Academia: poder experimentar la “vivencia” de la labor científica. En otras palabras, que el diploma que acredita el galardón obtenido sea –como lo quería Weber– una certificación

de la “personalidad científica de quien se ha entregado pura y simplemente al servicio de una causa”.

Y ahora sí, volvamos a nuestro galardonado de esta tarde, haciendo una apretada síntesis de su currículum:

Egresó como abogado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y se doctoró en Derecho y Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Córdoba. Completó estudios de posgrado en Economía Internacional en la Fletcher School of Law and Diplomacy, de Massachusetts, como también realizó seminarios de investigación en la Universidad Sophia de Tokyo y en Harvard. Fue profesor titular de Economía Internacional en la Universidad de Belgrano; profesor adjunto de Finanzas Públicas y Derecho Tributario en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA; investigador en el GATT y becario Fulbright en el Programa H. H. Humphrey. Es autor de una serie de libros sobre ética aplicada, tales como “Ética y valor económico” y “La ética del abogado”, que mereció el premio Rodolfo Moltedo del Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires.

Quiero señalar que por segunda vez me ha tocado en suerte ser jurado del Dr. Agatiello. Hace diez años, como presidente del tribunal designado por la Cámara Junior de Buenos Aires para elegir a los diez jóvenes sobresalientes, apoyé su nominación como exponente de una nueva y lucida generación de argentinos.

Desde entonces a hoy, sus aptitudes han seguido brillando y mucho me complace haberlo reivindicado nuevamente, con toda objetividad, ya que su seudónimo cubrió su identidad hasta que la obra fue seleccionada.

Agatiello es un estudioso de muchos registros y preocupaciones, que despliega una amplia temática en su ensayística y pone de manifiesto su vocación académica.

El trabajo premiado se titula “¿Qué es la verdad? Reflexiones en torno de la tensión poder-integridad”, y recoge la cuestión planteada en la convocatoria, con un perfil propio, cuando sugiere el sentido moral del poder al reemplazar corrupción por integridad. El autor explora los límites de la integridad política adjetivando al poder como recto, probo, desinteresado. Más aún, aspira a que la honradez en el obrar político tenga la inmaculada pureza de una virgen. O como lo

quería Lincoln, citado por el autor, “que el poder escuche a los mejores ángeles de nuestra Naturaleza”.

El enfoque del trabajo es de raíz aristotélica y traduce una profunda convicción en el sentido moral de la condición humana, tal como lo predicaba Adam Smith.

Empero, Agatiello sabe señalar las luces y sombras de la sociedad contemporánea, donde la corrupción ha superado todas las barreras del tiempo y el espacio. La corrupción –dice Agatiello–, tanto en los gobernantes como en la propia ciudadanía –sea por desorientación (“todo el mundo lo hace”), o falta de discernimiento (“si pasa, pasa”), o por indiferencia (“mientras a mí no me afecte...”)– cercena los valores de la república al excusar nuestra responsabilidad solidaria, y los valores de la democracia, cuando soslayamos nuestros propios “porqués”, “conqués”, “cómos” y “paraqués” del acto eleccionario.

La fórmula de nuestro laureado –expuesta con resonancias sartreanas en el excelente capítulo “Manos sucias y sacrificio moral”– es que “si el poder corrompe, también la corrupción otorga poder”. Como se aprecia, ambas conductas marchan juntas y van delineando el perfil de un hombre sin áreas vedadas ni brújula que le marque el norte ético. Y ello alcanza a tirios y troyanos, según nos lo señala descarnadamente Agatiello en el párrafo que transcribo: “¿en qué se diferencian las manos sucias de los políticos indecentes, de la actividad de otros sectores sociales, como los empresarios, periodistas, líderes sindicales y dirigentes deportivos, que hostigan, mienten, intrigan, usan máscaras, sonríen y son villanos?”.

Como se aprecia, Agatiello va al meollo moral y político de las democracias: la conversión del ciudadano en consumidor.

Señores Académicos:

Tengo para mí que nuestra Corporación ha honrado un trabajo de envergadura que contribuye a valorar la ética pública como síntesis de la conducta de todos y cada uno de los

ciudadanos. No dudo, por tanto, que los lectores de este trabajo coincidirán con el buen juicio del jurado.

Doctor Agatiello:

Con nuestros plácemes, hacemos votos para que siga usted articulando nuevos espacios culturales con el mismo suceso que hoy celebramos, y que su libro sea el eslabón necesario para un nuevo logro.

¿QUÉ ES LA VERDAD?

Reflexiones en torno a la tensión poder-integridad

Por el DR. OSVALDO R. AGATIELLO

In limine

Las reflexiones y lecturas más importantes de esta investigación las realicé en Mozambique, adonde estuve trabajando durante buena parte de 1997. Percibir de cerca la corrupción de un país muy pobre, hasta hace poco en pie de guerra –primero de liberación de sus colonizadores, de 1964 a 1975, y luego civil (e internacional, contra el régimen sudafricano), hasta 1992– y, simultáneamente, reflexionar desde lejos acerca de la corrupción de la Argentina y nuestra América me resultó muy aleccionador. Porque, claro, mientras más empobrecida está una nación, más nos escandaliza el desparpajo

de los aprovechados, por más conversos al mercado libre que sean.

Quiero agradecer aquí los comentarios a versiones preliminares del manuscrito a mis amigos María Luisa Biolcati, Enrique V. Iglesias, María Esther López, Carlos Moyano Llerena, Carlos M. Muñiz, Alberto A. Natale, Eduardo A. Roca y Julio C. Saguier, así como los materiales de estudio del profesor Georges Enderle, de la Universidad de Notre Dame. También quiero agradecerles a Alejandra, Marco y Paula Agatiello que supieran excusar el tiempo que dediqué a esta tarea y no a ellos.

Dedico este trabajo a la memoria de mi primo entrañable, el doctor Héctor Luis Chifani Peñaloza, un juez probo y comprometido con su tiempo.

Introducción

Este trabajo es una aproximación a las múltiples cuestiones vinculadas con la corrupción y el poder desde las perspectivas de la ciencia política, la ética aplicada y la economía. No aspira a establecer “qué es lo que conserva o corrompe a [las naciones]”¹ ni estudia, en esta era de la globalización, su vertiente transnacional, ni intenta aportar procedimientos instrumentales novedosos para resolverla. Nos proponemos sencillamente analizar la naturaleza profunda de la corrupción que nos toca vivir y de las herramientas de que disponemos para explicarla y, en consecuencia, enfrentarla con decisión y racionalidad.

Niebuhr amonestaba a no confundir una moral realista con un realismo amoral y Lincoln, a que debemos escuchar a “los mejores ángeles de nuestra naturaleza”². Esos son los parámetros de nuestra búsqueda, en la que exploramos sucesivamente los límites de la integridad política, la noción de democracia *unitaria*, los constreñimientos del modelo liberal, las diversas manifestaciones del fenómeno de la corrupción, su interpretación

¹ Como se propone Aristóteles, al introducir su *Política (Ética, libro X in fine)*. En torno a la ley cósmica de la corrupción de Platón, *vide* Popper 1943, cap. 4.

² Freedman 1987, 136.

y las herramientas propuestas por el análisis económico para confrontarla y la alegada 'singularidad' de la indecencia de los políticos.

La historia abunda en ejemplos que muestran que, cuando el descontento cívico alcanza el grado de crisis moral, prevalecen estados generalizados de desorientación social, de incredibilidad indiscriminada de los dirigentes políticos, de intolerancia ante la corrupción antes disimulada, de cambios profundos en el pensamiento político y en la interpretación de la realidad.³ Por eso en este trabajo nos adentramos en mucho más que lo dinerario, ya que el deseo de reconocimiento (*timos*)⁴, también alimenta las peligrosísimas pasiones ideológicas, nacionales, religiosas y raciales que siempre acechan a la convivencia prudencial, especialmente cuando convergen con la codicia y la envidia.

Habrà quien piense que “no hay nada bueno ni malo sino lo que así designa el pensamiento”⁵ y que “toda moralidad es una audaz y continua estratagema sólo en virtud de la cual se torna posible sentir placer ante la visión del alma”⁶. Por el contrario, reafirmamos una profunda convicción en el sentido moral de la condición humana, un sentido que el hombre desarrolla narrativa y dialogalmente en una sociedad que reconoce como propia, y junto con ella, no en abstracto. Creemos, como Adam Smith, que “por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su *naturaleza* que lo hacen interesarse en la suerte de los otros de tal modo que la felicidad de éstos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciarla”⁷.

Lamentablemente, el análisis de los problemas esenciales que afectan a la humanidad —incluida la corrupción política— está hoy en día dominado por la moral raída de la economía positiva. Esto es especialmente llamativo cuando algunos de estos conceptos están siendo recogidos por las ciencias naturales. Por ejemplo, el zoólogo inglés Matt Ridley sostiene que a nuestras men-

³ Maier 1994, 53-58.

⁴ Lord 1997, 119. Reconocimiento no solamente de poder económico o político sino también de lo que Becker (1996, 12) da en llamar “el *stock* de capital social”.

⁵ Como le confía Hamlet a Rosencrantz (acto II, esc. II).

⁶ Nietzsche, *Más allá del bien y del mal* (1886), §291.

⁷ Smith 1759, secc. 1, cap. 1.

tes las construyen genes egoístas sí, pero con fines de cooperación y reciprocidad. Ese instinto social complejo e integrado, según Ridley, es lo que más nos distingue de otras especies (como del “primer tigre”, del que hablaba Ortega), permitiéndonos maximizar los beneficios del conocimiento acumulado y la división del trabajo⁸. En un sentido similar, el zoólogo holandés Frans de Waal sugiere que el sentido moral es resultado de la evolución y, por ello, la vislumbra en otras especies vivas, ofreciendo evidencia empírica en ciertos primates⁹.

I

El alcance de la corrupción

*Necesitamos de los políticos del mismo modo que necesitamos de los basureros y en ambos casos debemos esperar que apesten*¹⁰.

La integridad, especialmente la pública, no es un producto palpable y de fácil identificación, sino a una vez componente y resultado de la interacción humana. Y la interacción humana es conformada por percepciones y registros de la realidad, convenciones y modos de racionalización, visiones del mundo y lealtades ambiguas, a veces contradictorios, parciales, inestables y difíciles de interpretar. Además, damos por sentado que, en su inmensa mayoría, los políticos no están imbuidos por los ideales altruistas de servicio público que declaman sino que, más bien, están dominados por mandatos económicos y políticos concretos, incluidos los de quienes los nombraron o proyectaron al poder, los suyos propios, los de sus amigos, familiares y aliados,

⁸ Ridley 1996, cap. 13. *Etiam* Wilson 1998.

⁹ Lo que también da lugar a especular que, quizá, la culminación de este proceso evolutivo no ha llegado con el *homo sapiens*, como damos por descontado. De Waal (1996, cap. 6) utiliza una pirámide flotante para dar imagen a los niveles de la moralidad humana. Cuanto menos profunda es la línea de flotación y mayor la disponibilidad de recursos para compartir, así también mayor será el número de escalones expuestos (yo, la familia, el clan, la comunidad, la nación, la humanidad, la vida), muestra de una inclusión ética progresivamente más amplia.

¹⁰ Cit. por Coady 1995, 379. Los necesitamos y debemos controlarlos porque, como afirmaba el conde de Rivarol (cit. por Lukacs 1993, 288), “hasta los pueblos más civilizados están tan próximos a la barbarie como el hierro más pulido lo está de la corrosión”.

los del electorado y, probablemente en última instancia, los del bien público. Pero incluso en razón de la subjetividad y complejidad del derrotero de la decisión política y su implementación, es imposible vislumbrar la posibilidad del gobierno imparcial y suprasectorial. Es decir, toda ilusión de que los gobernantes son guardianes independientes e imparciales de la voluntad general es un mito. El mismo sistema social y político delimita (y a veces hasta determina) las opciones y arreglos transaccionales con que identificamos el accionar de los políticos. Pero eso no significa que ellos deban ser, necesariamente, meros sujetos pasivos y acomodaticios de los intereses del statu quo u otro sistema de fuerzas o que el gobernante racional y honesto constituya un paradigma de fantasía. Porque en el limitado espacio entre las condiciones dadas, los constreñimientos circunstanciales y la incertidumbre yace la veta proteica del poder y la gloria genuinos.

La noción de corrupción

La idea intuitiva de corrupción es la del funcionario público que, abusando de su autoridad o recursos a su disposición, obtiene un suplemento salarial pagado discreta o generalizadamente por el sector privado. Es decir, el agente público privatiza en su favor un monopolio público y legal —el agente privado *necesita* de la intervención, presencia o ausencia del funcionario— y así convierte a su función en una *unidad de maximización* económica o política privada. La oportunidad de la corrupción es, pues, función tanto del tamaño de las oportunidades económicas bajo control del funcionario público cuanto de su discreción para decidirlas y del margen de control que soporta¹¹.

Solamente en sociedades muy primitivas la legislación no impone a los agentes públicos limitaciones más o menos precisas de su arbitrio personal y códigos más o menos minuciosos de probidad para su comportamiento público y privado, de modo que existe una presunción de *animo felonico* en los comportamientos sospechosos. Como el servicio público procura satisfa-

¹¹ Klaveren 1957, 39; Helping countries combat corruption, 4.

cer, por definición, el interés general y no las apetencias de sector o individuales, todo acto de corrupción –activo o pasivo– viola y degrada el orden cívico¹². Claro que los códigos de conducta son a menudo superados por prácticas generalizadas que diferencian la *plata limpia* (la proveniente de la actividad económica subterránea no desenfadadamente criminal) de la *sucia* (que sería más 'ilegítima'), así como los arreglos clandestinos de distribución de ambas. Esto revela, más allá de falta de respeto por la ley y la autoridad, *insouciance* moral¹³.

El derecho y la economía brindan herramientas más o menos efectivas para atacar esas instancias de corrupción, interpretándolas así auténticamente y en un sentido restringido¹⁴. *Corrupción es toda acción, omisión, vicio o abuso que desvía las obligaciones legales y éticas de una función pública hacia objetivos privados, individuales o de grupo, de beneficio económico, social o político*. Esta definición incluye, interpretando la corrupción en sentido amplio, la violación de normas legales (o éticas) que prohíben (desautorizan) el ejercicio de influencias indebidas (impropias)¹⁵.

En términos de política pública, la 'privatización' de bienes o beneficios públicos que resulta del hecho mismo o de los efectos de la corrupción distorsiona la decisión y la asignación de los beneficios o correctivos previstos. Como la política es un juego público de reglas y procedimientos asignacionales, sus actores, además de ganar o perder, frecuentemente manipulan las percepciones y expectativas generales respecto de los intereses que les incumben¹⁶. Por eso es tan difícil deslindar los casos de corrupción efectiva del enjambre de escándalos y medias

¹² Con las palabras de Juan XXIII, "el logro del bien común es la *única* razón de ser de las autoridades civiles" (1963, §54). [La bastardilla es mía.]

¹³ Rogow y Lasswell 1963, 54.

¹⁴ *Vide, e.g.*, Helping countries combat corruption, *passim*; Langseth 1998.

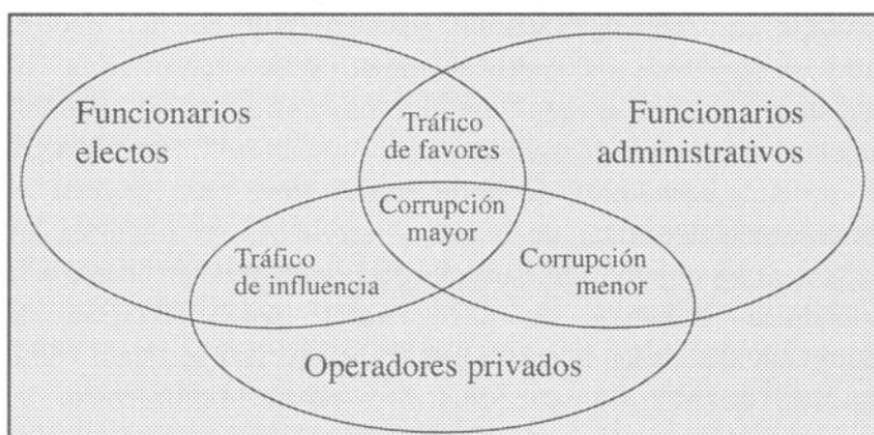
¹⁵ Nye 1967, 566ss; Scott 1972, 4; Johnston 1997, 62.

¹⁶ En caso de duda, Elliot (1997, 180) sugiere la *prueba del periódico*; es decir, proyectar a quién causaría desazón que el hecho apareciera publicado en la prensa. Es un error, expresión del culto reduccionista a la democracia confrontacional como único mecanismo de organización política, basado en la doble falsedad de que la prensa es *por naturaleza* neutral y que la ventilación de los conflictos es *siempre* beneficiosa. "El periodismo –le hace decir Lucio V. López a un personaje de *La gran aldea* (cit. por Barylko 1998, 71)– ... es como el pelícano: alimenta a sus hijos con su propia sangre."

verdades que producen las pugnas de intereses económicos, políticos y de figuración pública.

Cuando nos concentramos en la vertiente de la interacción sector público-sector privado de la corrupción, podemos distinguir tres grupos: los operadores privados, los políticos y los funcionarios no electivos, incluyendo en este último grupo a la administración pública y al poder judicial. Naturalmente, la interacción es compleja pero lo importante es verificar si cada grupo cuenta con un grado de autonomía propia y acceso mutuo suficientes como para que el sector público pueda cumplir con su función acabadamente.

Hay una corrupción, normalmente menor, que se da en la interacción del sector privado con los funcionarios de carrera por el mero ejercicio de la actividad de éstos, como el otorgamiento de permisos, licencias, autorizaciones, beneficios fiscales y aduaneros, subsidios, documentación, etc.¹⁷.



Fuente: Elliot 1997, 179.

Y hay también tráfico intersectorial de influencias y favores, lo que es especialmente preocupante cuando involucra a la función jurisdiccional. Pero cuando realmente se verifican casos de corrupción mayor es cuando interactúan *pari materia* el sector privado, los funcionarios de carrera, el poder judicial y los políticos, como en el caso de las privatizaciones, grandes compras y ventas del estado, proyectos de obra pública, otorgamiento de monopolios, concesiones de servicios y

¹⁷ Johnston 1997, 177-180.

delegaciones del poder público¹⁸, etc. Claro que a este gráfico que parece tan claro hay que completarlo con el enjambre de relaciones íntimas, de familia, amistad, cooperación, reciprocidad, alianza y complicidad que existen en toda sociedad, por más elemental que ella sea.

La corrupción, cuya presencia nos resulta tan repugnante, ominosa e irreductible como las de las alimañas, ha superado todas las barreras del tiempo y del espacio. Por ello, el estudioso de la política en algún momento se plantea si lo que parece ser una manifestación de *disfunción social* no es, en el fondo, un factor de la *estabilidad política*, alimentado por los vigorosos motores de la codicia y el miedo, que normalmente acompañan al poder¹⁹. Para avanzar en esa interpretación, puede encontrar un aliado idóneo en el método económico²⁰.

La perspectiva económica

Es casi un lugar común sostener hoy en día que la corrupción “causa decadencia moral, descontento social y alienación política” y que “los sistemas corruptos no sólo son injustos sino también inherentemente inestables”²¹. Sin embargo, el sistema económico de libremercado sirve para facilitar el intercambio irrestricto de bienes y servicios, sin importar las causas ni los objetivos morales. Es decir, es neutral en cuanto a la moralidad subjetiva de los actores para favorecer la automaticidad de las transacciones y que aquellos se traten como iguales, liberando, de ese modo, todo su potencial económico.

La teoría económica recibe su marco referencial del orden jurídico, que establece, entre otras, las definiciones de corrupción y las penas a aplicar. Las estructuras económicas pueden articularse para proveer los incentivos adecuados en ese sentido.

¹⁸ Una de las más peligrosas es la privatización de la percepción de impuestos, que está poniéndose en boga en Latinoamérica. La Revolución Francesa se debió, entre otras causas, a los excesos de los *rentiers généraux*, que dejaban en la calle, con el auxilio de la fuerza pública, a huérfanos, viudas y valetudinarios en virtud de la potestad recaudadora que compraban a la corona.

¹⁹ Klaveren 1992, 16-17.

²⁰ Porque, como interpretan Holden y Sobotka (1996, 18), “la corrupción es un crimen de cálculo, no de pasión”.

²¹ Hillstrom 1996, 4; Brademas y Heimann 1998, 21.

Sin embargo, el resultado de toda política o decisión económica *siempre* será un punto de equilibrio transaccional entre el juego institucional y la moralidad *relativa* de los actores. Es decir, la preocupación predominante del análisis económico no será la integridad de los agentes (sus motivaciones, los medios y métodos que emplean, los fines que persiguen) sino la eficiencia global de los resultados (costo de oportunidad, asignación de los recursos, satisfacción de necesidades, etc.)²².

Todo político tiene fines personales y profesionales múltiples, como incrementar el bienestar de su familia y su fortuna personal, expandir su influencia, llegar, permanecer o acrecentar su base de poder, aparecer prominentemente en la televisión y los diarios. Pero es sólo cuando el político profesional se concentra exclusivamente en satisfacer a su electorado, sacrificando otros fines para prevalecer sobre sus competidores, que el ideal del gobierno de la mayoría es posible. Por su parte, los burócratas profesionales, no importa lo que piensen de la normativa vigente y de los políticos, están condenados a aplicar a pie juntillas la primera y a acatar mal que bien a los segundos. En este modelo simple de información perfecta, los votantes ejercitan preferencias claras y los políticos y administradores profesionales respetan códigos de conducta bajo control mutuo²³.

Pero si los votantes no pueden o no quieren perder el tiempo informándose, los políticos profesionales deben elegir entre explotar las preferencias superficiales del público en general o interpretar lo que debería preferir la mayoría de los votantes si se comportara idealmente. En el primer caso, si el político es corrupto y gana se dará el peor resultado. Si no es corrupto, igual se dará un mal resultado. En el segundo caso, el político debe desarrollar campañas educativas para mantener a la mayoría (o a la minoría ilustrada, participativa y con efecto multiplicador) debidamente informada acerca de las opciones que enfrenta. Si no es corrupto, se dará el resultado ideal. Pero aun siendo corrupto, si es responsable respecto de la mayoría y ésta lo percibe favo-

²² “La matemática –dice Goethe (cit. por Berlin 1994, 40n)– no puede eliminar el prejuicio, no puede mitigar la intencionalidad ni reducir el partidismo; no puede lograr nada en la esfera moral”.

²³ Seguimos aquí, en general, a Susan Rose-Ackerman (1978, 234), profesora Henry R. Luce de derecho y ciencia política y codirectora del Centro de Derecho, Economía y Política Pública de la Universidad de Yale.

rablemente, incluso ante evidencia de que actúa en beneficio de sus corruptores y del suyo propio, pierda o gane las elecciones será una mejor opción que el político superficial. Esto sugiere que, en algunos casos, es plausible que el político corrupto favorezca los intereses de la mayoría más efectivamente que el honesto sin inspiración y es muy probable que ésa sea, por lo menos en sociedades con niveles bajos de participación y control de la decisión política, la explicación intuitiva y subyacente del éxito electoral de largo plazo de tantos corruptos y mentirosos²⁴.

Lo que revela la economía es que la tarea de educación de los comportamientos morales de la ciudadanía, los políticos y los funcionarios públicos así como la participación cívica efectiva, son componentes esenciales de la democracia moderna. De lo contrario, ésta se convierte en una parodia sin contenido.²⁵ Además confirma que, como el marco legal, también el orden moral es un "límite externo" a la economía, que ésta no puede desconocer ni sustituir. De todas maneras, la economía, como ciencia consecuencialista que es, está limitadamente interesada en la corrupción como objetivo de enriquecimiento, mientras que la ciencia política también se preocupa por la corrupción como instrumento del poder, siempre más allá de lo dinerario²⁶.

²⁴ Claro que, mientras escribo esto, el informe del fiscal especial Kenneth Starr acerca de las escapadas sexuales del presidente Clinton con la pasante de la Casa Blanca Monica Lewinsky se da a publicidad irrestricta y, aún así, las compulsas de popularidad del presidente aseguran su supervivencia política. Es decir, hay todo tipo de manifestaciones de corrupción de los poderosos y de disimulación de la mayoría, de las 'Grandes Purgas' stalinistas de los años 1930 a estos escándalos de *boudoir*.

²⁵ Sandel 1996, cap. 5.

²⁶ En realidad, tres son las consideraciones que nos hacen dudar de la habilidad de la economía para aprehender el fenómeno de la corrupción en toda su profundidad. Por un lado, la economía, como ciencia consecuencialista que es, se despreocupa de las intenciones, medios y objetivos de los políticos mientras se mantengan dentro de la legalidad. Sin embargo, discernir los porqués, paraqués, cómo y con qué de los políticos, más allá de la mera legalidad y con miras a elegir bien, es la principal función cívica de la ciudadanía. Por otro lado, para la economía basta con que se cumpla la moral social que fija el derecho a pesar de que, en toda sociedad, conviven otros poderosísimos marcos morales, generalmente más profundos y sutiles, como los que dan la religión, los usos y costumbres y la preocupación por bienes que exceden lo crematístico. Pero lo más importante para el poderoso avieso es poder recurrir a la corrupción como herramienta de manipulación, instancia que pasa totalmente desapercibida al análisis económico, especialmente cuando el manipulado busca poder o figuración en vez de enriquecimiento directo.

Vilfredo Pareto no fue el primero ni el último en sostener que el estado es una ficción mediante la cual un grupo minoritario asume el poder en beneficio propio y de sus amigos y en detrimento de los demás. La historia, desde esa perspectiva, es una interminable sucesión de élites cuyo rasgo común es la voracidad. Pero en su original teoría cíclica de la circulación de las élites —los *leones* gobiernan por la fuerza y los *zorros*, con el engaño²⁷—, Pareto explica que, en lo esencial, a la mayoría la motivan sus creencias subconscientes (a las que llama *sentimientos*), que le sirven como estándares de evaluación. Entre ellos se destacan la destreza (*combinación*) y la resistencia al cambio (*persistencia de grupo*), cuya distribución varía según las características de los individuos y del pueblo y con el transcurso del tiempo. En cualquier caso, esos patrones de sentimiento popular dan los límites mínimo y máximo del comportamiento social, tolerable y preferido respectivamente, en una sociedad dada. Las estructuras corruptas son especialmente resistentes al cambio, concluye Pareto, porque las élites nuevas pierden el celo reformador no bien comienzan a beneficiarse del *statu quo*²⁸.

Pero aun no adhiriendo a la visión sociológica de la política de Pareto, intuimos que para manifestarse en plenitud la democracia contemporánea tiene que contar con un amplio espectro de fuerzas en equilibrio. Ese equilibrio también debe ser múltiple, tanto en términos de accesibilidad y autonomía cuanto de distribución del poder y la riqueza. Esto quiere decir, por un lado, que los operadores privados que controlan el poder económico interactúan con el estado y éste los tiene en cuenta,

²⁷ Ideas y metáforas que Pareto toma prestadas de *El príncipe*, en especial del cap. XVIII. Claro que Maquiavelo hace uso de imágenes más que de argumentos. Por ejemplo, al identificar a la razón con el zorro y a la fuerza con el león también reduce la lucha política al reino de las bestias y la inteligencia, al nivel de la destreza. *Vide* Codevilla 1997, xxxv.

²⁸ Pareto 1921, 6-9; *cf.* Campanella, *La ciudad del sol* (Utopías 1973, 151). “De acuerdo con toda la experiencia recogida —confirma Weber (1946, I.IV)—, el cuidado de la ‘seguridad’ económica de su existencia es, consciente o inconscientemente, un punto cardinal en toda la orientación de vida del hombre rico. El idealismo político sin reservas y temerario si no es exclusivo es por lo menos predominante en aquellos estratos que, en virtud de su falta de propiedades, quedan enteramente fuera de los estratos que están interesados en mantener el orden económico de una economía dada”.

pero también que el estado puede formular y ejecutar políticas por sí (y sin o contra ellos, llegado el caso). Por otro lado, quiere decir que poder y riqueza por principio no se confunden ni se interfieren irrefragablemente²⁹. Naturalmente, estos equilibrios son dinámicos y continuados.

Cuando la accesibilidad de las élites excede la autonomía y las oportunidades económicas abundan más que las políticas, los grupos de interés son poderosos y las élites políticas, vulnerables. El caso de algunas democracias liberales modernas, como las de los Estados Unidos y Alemania, es ilustrativo porque la competencia económica y política abierta (incluida la prensa independiente) circunscriben el alcance e incidencia de la corrupción³⁰. Cuando la élite política ejerce una hegemonía tal que le permite controlar la competencia y el acceso, limitándolos a amigos y aliados, la corrupción no tiene límite. Es el caso extremo de la China y del modelo japonés de posguerra, que se difundió entre los tigres asiáticos hasta la crisis de 1997.

Cuando el poder político está tan fragmentado que las élites políticas son inseguras y clientelistas, el acceso es abierto pero las oportunidades económicas son escasas porque los inversores (serios y sin influencia) no cuentan con garantías. Es el caso de Colombia, con sus carteles de la droga, y de la Rusia poscomunista, con sus *mafias* violentas.

Finalmente, una élite bien asentada puede utilizar su poder económico para controlar segmentos políticos (o, viceversa, una élite política, controlar espacios económicos), incluso en sociedades políticas y mercados evolucionados. Es el caso del *estado dentro del estado*, como el partido de gobierno mexicano (en el poder desde la década de 1920³¹), las mafias del sur de Italia o las maquinarias partidarias y de negocios que controlan bolsones de

²⁹ Johnston 1997, 67-80.

³⁰ Vide el ciclo plutocrático de Pareto 1921, cap. 3.

³¹ Legatario unívoco de la tradición de la Revolución Mexicana de 1910-20, fue fundado como Partido Revolucionario Nacional en 1929, rebautizado como Partido de la Revolución Mexicana en 1938 y como Partido Revolucionario Institucional desde 1946. Como reflexionaba Benjamin Franklin (cit. por Sandel 1996, 126), "cuanto más corruptas y viciosas se vuelven las naciones, tanto mayor es su necesidad de enseñoreadores".

poder en todo tipo de países, incluidos los más desarrollados, especialmente en conglomerados urbanos de magnitud³².

II

El ideal de gobierno

*Cuando los magistrados son insolentes y codiciosos y conspiran unos contra otros, también conspiran contra la constitución de la que deriva su poder, logrando sus ganancias o bien a expensas de individuos en particular o del público en general*³³.

De los poetas griegos de la Antigüedad nos viene la tensión clásica entre destino y libertad, que mediante el razonamiento y la experimentación nos lleva a intentar plasmar una y otra vez utopías 'científicas' y construcciones 'filosóficas' de la civilización y nuevas 'síntesis' y 'culminaciones' de la historia (*philosophia perennis*)³⁴. Pero “no existe ciencia natural alguna de la política ni tampoco una ciencia natural de la ética”, con categorías formales y empíricas. Los mayores triunfos de la filosofía se presentan de dos maneras: cuando alguien reformula los interrogantes a la luz de una visión del mundo o ideología (*Weltbild, Weltanschauung*) novedosas y cuando alguien descubre que ciertas soluciones dogmáticas generalmente aceptadas destruyen violentamente la síntesis anterior y nos enfrentan a una nueva idea o concepción, por lo general

³² Mientras escribo esto se produce un escándalo de marca mayor por las declaraciones en la televisión nacional de los Estados Unidos de un profesor cubanoamericano de la Universidad Internacional de la Florida, quien califica a la corrupción política y administrativa del Gran Miami —el cuarto centro urbano del país— como propia de una “república bananera”. Es mucho más que eso, ya que el sur de la península de la Florida es, desde hace tiempo, una de las principales puertas de acceso de las drogas narcóticas en los Estados Unidos y centro de refugio del dinero proveniente de la corrupción política y el fraude fiscal de Latinoamérica.

³³ Aristóteles, *Polít.*, libro 5, cap. 3, 1302.

³⁴ Scott (1998, 4-6, 89-90) llama *alto modernismo* al intento de diseñar sociedades conforme a pretendidas leyes científicas. Como si la función del estadista fuera “racionalizar y estandarizar el jeroglífico social volcándolo a un formato más conveniente, tanto en términos de legibilidad cuanto administrativos”.

tentativa³⁵. Así, las nuevas ideas y términos más que resolver los problemas anteriores nos permiten observarlos a distancia, como confusiones de una época superada. Esa es la razón por que la misión del intelectual hincado en su realidad histórica es “destruir los integumentos de las ortodoxias” mediante sistemas de análisis que no podemos, ni debemos, juzgar según su utilidad actual³⁶.

En otras palabras, analizar la cuestión de la corrupción es reflexionar en torno a la tensión poder político-integridad individual, que siempre existió, que siempre existirá y que precariamente tratamos de resolver, como nuestros mayores, conforme al marco social, jurídico, político y económico que nos toca vivir. Es decir, ni especulando en el vacío teórico ni dominados por un pragmatismo legalista.

La democracia unitaria

Hay por lo menos tres visiones tradicionales que reclaman la interpretación 'auténtica' de la virtud ciudadana: la de la élite dorada frente a la masa corruptible³⁷ (Rivadavia o Gladstone, en el siglo XIX³⁸); la de la voluntad general alerta frente a la élite timocrática y corruptible (Rousseau y sus seguidores, en la segunda mitad del siglo XVIII³⁹), y la de la democracia

³⁵ Berlin 1997, 49, 59ss; *confer* Dahrendorf 1997, 65; *The age of Enlightenment ...*, 26.

³⁶ Berlin 1997, 21, 75, 168.

³⁷ Tocqueville (1835-40, 220-221) expresa la concepción aristocrática cuando dice que “[h]ay en la corrupción de aquellos que alcanzan el poder por casualidad algo áspero y vulgar que lo hace contagioso a la multitud, mientras que aun en la misma depravación de los grandes nobles a menudo hay un cierto refinamiento aristocrático y un aire de grandeza que impiden que se comunique ... Mientras los gobernantes de las aristocracias algunas veces buscan corromper, los de las democracias resultan corrompibles. Los primeros afectan directamente la moralidad de la gente, mientras los segundos ejercen en la conciencia pública un efecto indirecto que es de temer todavía más”.

³⁸ Jenkins 1997, 426.

³⁹ Como dice Rousseau en su *Discurso de economía política* (1755), “en la sociedad política ... el jefe está tan lejos de tener cualquier interés natural en la felicidad de los individuos que no es infrecuente que busque la suya propia en la miseria de éstos ... Los abusos son inevitables y sus consecuencias, fatales en toda sociedad donde el interés público y las leyes no tienen una fuerza natural y son perpetuamente atacados por los intereses personales y las pasiones del gobernante ... La moralidad pública provee lo que les falta en genio de los gobernantes y mientras más reine la virtud menor será la necesidad de talento”.

participativa, que reduce y objetiviza las aspiraciones de virtud de los ciudadanos con miras a promover la libertad, la igualdad de oportunidades y el progreso material (el sueño americano)⁴⁰. Pero es esta última, la que promueve la pugna abierta (pero minuciosamente organizada) de los intereses individuales para así lograr el equilibrio del orden social, la que constantemente reclama nuestra atención razonada. Tanto que esa concepción de la democracia, simbolizada por la representación política, el sufragio universal y la confrontación (más o menos) ordenada de los intereses, pareciera ser la única que existe. Pero no es así.

Existe otra idea más antigua de democracia y acaso más poderosa, la de *democracia unitaria*, cuyos usos, formulaciones y procedimientos utilizan comúnmente los gabinetes ministeriales, las comisiones legislativas, los tribunales colegiados como la Corte Suprema de Justicia y los consejos de dirección empresaria⁴¹. La tradición *consociacional* del parlamentarismo europeo la recoge mucho más que la nuestra, que deriva del sistema presidencialista estadounidense más que del colonial español, que nos rigió desde la conquista y colonización en el siglo XVI hasta bien entrado el siglo XIX.

La tabla siguiente muestra las principales diferencias entre ambas concepciones de democracia. La unitaria busca la igualdad cualitativa, el consenso y el contacto directo entre los miembros y es la que mejor responde al modelo aristotélico de *polis* como amistad⁴². En ella no se vota ni se polemiza ni se busca la confrontación; por el contrario, lo que no puede ser acordado se retira de la consideración y se avanza en lo demás. Los participan-

⁴⁰ Ryan 1994, 157-159. Tocqueville (parte 2, cap. 8) explica que “el principio del interés individual ... disciplina a un gran número de personas en los hábitos de la regularidad, la templanza, la moderación, la previsión, el autocontrol y, si bien no dirige a los hombres directamente hacia la virtud por la voluntad, gradualmente los impulsa en esa dirección por sus hábitos”. También Kant (cit. por Dahrendorf 1997, 42) propone que “demos gracias a la Naturaleza por la incompatibilidad, por la vanidad competitiva y sin corazón, por el deseo insaciable de poseer y someter”.

⁴¹ Seguimos aquí las ideas de Jane J. Mansbridge (1980), profesora de ciencia política y sociología de la Northwestern University.

⁴² “La amistad ... -reflexiona Aristóteles (*Ética*, libro VIII, 1155a20)- parece vincular a las ciudades, y podría creerse que los legisladores la toman más a pecho que a la justicia”. Aristóteles también creía que “los muchos son más incorruptibles que los pocos; son como la mayor cantidad de agua que es menos fácilmente corrompida que un poco” (*Polít.*, libro III, cap. 15, 1286).

tes se sienten y tratan como iguales y todo en su accionar y objetivos tiende a fortalecer el vínculo de entendimiento y cooperación⁴³. Cuando los conflictos afloran, como cuando los clubes deportivos quiebran económicamente o la performance de sus equipos decae mucho o sus mejores jugadores son tentados desde el exterior, automáticamente se apela a la lealtad, a la memoria de glorias pasadas y al sentimiento de la hinchada⁴⁴.

Atenas fue la primera ciudad griega en instaurar la *democracia adversaria* (voto universal y simple, gobierno de la mayoría) pero, casi seguramente, siguió utilizando procedimientos de consenso para las decisiones mayores.

DEMOCRACIA	UNITARIA	ADVERSARIA
Intereses	Comunes	Conflictivos
Ideal	Igualdad de respeto	Igualdad de protección
Mecanismo de decisión	Consenso	Mayoría
Definición	Discusión directa	Voto secreto

Fuente: Mansbridge 1980, 5.

El modelo de la democracia adversaria se difundió a partir del siglo XVII, especialmente con la aceptación creciente de la concepción de la política como conflicto permanente

⁴³ Aubenque 1969 VIII y IX.

⁴⁴ Mientras escribo esto se anuncia la adquisición del club de fútbol inglés Manchester United en más de mil millones de dólares por parte del magnate australiano Rupert Murdoch, mientras los hinchas reclaman la intervención del gobierno para impedirlo (y los competidores de Murdoch para impedir el monopolio de la cobertura televisiva del fútbol de primera a través de la señal privada BSkyB). Los códigos no escritos del poder en los deportes son tan complejos -y tendientes a la falta de transparencia- como los de la política real. Henry Kissinger, por ejemplo, alguna vez confesó que en toda su carrera profesional jamás enfrentó una negociación más difícil que cuando trató de convencer, infructuosamente, a la FIFA que los Estados Unidos fueran sede de la Copa Mundial de Fútbol de 1986. Quizá la respuesta esté en que el negocio del fútbol internacional (determinación de sedes, derechos de radiodifusión, sanciones, etc.) mueve más de 150.000 millones de dólares por año, un volumen comparable al giro anual de General Motors, la mayor empresa industrial del mundo.

—vislumbrada por los presocráticos en el siglo V a. J.C.⁴⁵, desaherrojada por Maquiavelo y sistematizada por Bodin en el siglo XVI y universalizada por Hobbes en el siglo XVII⁴⁶—, que acompañó el desarrollo incontenible del entonces incipiente capitalismo industrial. Es el estado explicado y justificado como una “perpetua guerra civil impedida”⁴⁷.

La sabiduría convencional interpreta que, así como por consideraciones prácticas la democracia representativa superó a la directa⁴⁸, también la democracia unitaria sería un resabio de tiempos pretéritos, demasiado elemental para la complejidad de las relaciones contemporáneas basadas en la conveniencia y la ventilación abierta de los conflictos. Sin embargo, las lealtades siguen jugando un papel más que importante en la acción política de todos los días y, por ello, el análisis científico debería incorporarlas como elemento necesario. No hay nada de nuevo en esto ya que sabemos que si bien la lealtad absoluta nos priva de juicio crítico, la imparcialidad absoluta nos vacía de sensibilidad.

El análisis de nuestros problemas materiales y espirituales está dominado en la actualidad por el método económico, que da por sentado que nuestras apetencias son egoístas e ilimitadas. Los factores de la producción tradicionales ahora se denominan *capital físico* (la tierra), *financiero* (el dinero y el crédito) y

⁴⁵ Como los presocráticos florecieron en las confines orientales del Mediterráneo, el pensamiento de “Grecia —nos ilustra Ramnoux 1972, 5— se definió por oposición y en la guerra: por oposición a Persia, como el hombre libre contra el esclavo; por oposición a Egipto, como el joven contra el anciano”.

⁴⁶ El arreglo de las instituciones sociales y de gobierno yuxtapuestas a los intereses y pasiones humanos se organiza en “la nueva ciencia política”, contenida en *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo, aparecido en 1513; *Los seis libros de la república* de Jean Bodin, en 1576; *Del derecho de la guerra y la paz* de Hugo Grotio, en 1625; el *Leviatán* de Hobbes, en 1651 y el *Segundo tratado* de Locke, en 1690. Vide Codevilla 1997, xii.

⁴⁷ Pero, como advierte Niebuhr (1932, 231), “toda filosofía política que da por sentado que a los impulsos naturales, como la codicia, el deseo de poder y otras formas de afirmación individual, jamás se los puede controlar o sublimar completamente a través de la razón, debe tolerar políticas que intentan controlar a la naturaleza humana enfrentando las fuerzas de la naturaleza contra los impulsos de la naturaleza ... El realismo político excesivo condena a la sociedad a una guerra perpetua”. Habermas 1989, 70.

⁴⁸ Un argumento que jamás convencería a más de un político de barricada, como los devolucionistas neoconservadores en los Estados Unidos, lo que confirma la aprensión hacia el ‘diálogo’ directo líder-masa, que compartían los constituyentes de 1853.

humano (el trabajo), agregando también a la *tecnología* y la *organización*. Pero hay un capital que parece ser todavía más escaso e importante para el crecimiento social y económico: el *capital social*, esa compleja red de confianza mutua y lazos de reciprocidad propios de las comunidades solidarias⁴⁹. Que el cálculo económico usualmente no lo registre, por su intangibilidad extrema, no quiere decir que no exista o que no tenga incidencia económica⁵⁰. Es más que probable que el espectacular crecimiento económico de las naciones del Asia-Pacífico de las últimas cuatro décadas se pueda explicar, por lo menos parcialmente, por la acumulación de capital social, por la preeminencia de la familia (extendida), por la ausencia de litigiosidad en las relaciones de negocios, por el compromiso con la educación. Claro que hay capital social bueno y capital social malo, según qué lealtades se vean favorecidas. Por ejemplo, la siniestra trama clandestina de la mafia, un invento chino tan persistente como los fuegos de artificio, puede servir al crecimiento económico y la paz social sí, pero a costa de enmudecer las conciencias y reprimir la innovación.

En esta época de crisis de legitimidad inmoderada de los gobernantes, es necesario reconocer la relevancia de los vínculos de solidaridad y reciprocidad y de su importancia para humanizar las relaciones políticas⁵¹. No todo lazo de lealtad importa corrupción ni la confrontación de los intereses es la única manera de llegar al equilibrio social y conocer la verdad.

⁴⁹ La teoría del *capital social* fue elaborada por el sociólogo de la Universidad de Chicago James S. Coleman (1988) para equilibrar la *sobresocialización* del análisis sociológico y la *subsociación* de los modelos económicos. El politólogo de la Universidad de Harvard Robert Putnam (1993, 181-85) lo define como una red de normas voluntarias de reciprocidad y modalidades de cooperación cívica aceptadas generalizadamente y que promueven el crecimiento del conjunto. El filósofo político de la Corporación Rand Francis Fukuyama (1995) lo identifica con la virtud social de la *confianza* – implausiblemente, al confundir sociedad civil con *civitas*–, viendo en ella al motor de la prosperidad y citando como ejemplos a los Estados Unidos, el Japón y Alemania.

⁵⁰ Cfr. Becker 1996, caps. 7 y 8.

⁵¹ “El desafío de nuestra época -sostiene convincentemente Fletcher (1993, 175)- es unir las inclinaciones particularistas de las lealtades con las exigencias, en ciertos contextos, de la justicia imparcial y la transacción y el compromiso, en todos los contextos, con el discurso racional ... Aprendemos que tenemos raíces, trascendiéndolas”.

El contenido de la actividad de gobierno y la concepción y ejercicio de la política han fluctuado con el transcurso del tiempo, naturalmente. Pero hay dos líneas muy marcadas de evolución⁵². Por un lado está la concepción, que tradicionalmente asociamos con el sentido de estado introducido por el emperador Carlomagno en el siglo IX de nuestra era e idealizado en las utopías del Renacimiento⁵³, que concibe a la actividad de gobierno como enfocada hacia el perfeccionamiento humano⁵⁴. La perfección se logra a través del esfuerzo humano (como en la heresía pelagiana del siglo V, no por designios de la Providencia) y mediante la agencia del estado. Es decir, la actividad de gobierno es el control y la organización de la actividad humana con fines de perfeccionamiento. El gobierno representa a la sociedad en esa búsqueda, por lo que gobernar es una actividad ilimitada para la que no hay cantidad de poder y recursos que resulte excesiva⁵⁵. El gobernante –servidor, líder y salvador de la sociedad– desde su manifiesto peralte moral espera no solamente la obediencia, respeto y aprobación de sus gobernados sino también admiración y afecto. Es la concepción de la actividad de gobierno como *servicio*, o lo que Oakeshott identifica como *política de la fe*.

En el extremo opuesto está la *política del escepticismo*, que descarta la perfección humana por considerarla un espejismo y desconfía de la política como proveedora de soluciones. Según esta concepción, no se gobierna porque gobernar sea bueno sino porque es (lamentablemente) necesario y el principal objetivo es reducir la severidad de los conflictos humanos mediante el

⁵² Seguimos aquí las nociones de *política de la fe* y *política del escepticismo* del filósofo e historiador Michael Oakeshott (1996). *Etiam* Wahl 1969, IX.

⁵³ El rey Carlos I de los francos, coronado por el papa León III como primer emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en la Navidad del año 800, unió bajo su férula a toda la Europa occidental, con excepción del sur de Italia, las islas británicas y el reino de Asturias. En su tiempo Carlomagno fue llamado *Rex Pater Europæ*, a la que regía a través de leyes capitulares. *Vide* Codevilla 1997, vii; Jolivet 1969, II.2.

⁵⁴ La ilusión que Maquiavelo se dedica a demoler. Sheeran 1993, 19.

⁵⁵ Oakeshott (1996, 29) dice que “puede descontarse que este estilo de gobierno, con su impulso sobrecogedor hacia el perfeccionamiento, producirá insatisfacción porque la perfección queda en el futuro y siempre estamos más insatisfechos cuando nos falta una sola cosa que cuando nos faltan muchas”.

mantenimiento del orden. Un poder concentrado, pero prietamente limitado, acompaña las actividades (verdaderamente) productivas del hombre. Su accionar tiene un sentido *adjudicador* específico, no de promoción o imposición. No busca mejorar a los seres humanos ni su conducta sino el sistema de derechos, obligaciones y procedimientos que dan marco y facilitan la vida en sociedad. No se trata de un sistema completo; por el contrario, no aspira a la completitud sino a dar ajuste permanente al juego de las partes entre sí para que el conjunto sea más coherente. Como el gobierno no se ocupa del alma de sus gobernados, por supuesto tampoco puede imponer una moral o dirección única⁵⁶. Esta concepción descrea de la aptitud humana de actuar desinteresadamente y es por esa misma razón que puede tolerar la corrupción para contrarrestar otros desórdenes peores. De ahí que los gobernantes puedan aspirar a ser honrados y respetados por sus gobernados, pero rara vez sentirse admirados o amados y jamás idolatrados⁵⁷.

Estas dos concepciones de la política representan simplificaciones extremas que comparten el mismo y ambiguo vocabulario, si bien con contenidos diferentes. Aunque ambas nos vienen de los griegos, las nociones de izquierda o derecha no nos sirven de mucho para explicarlas⁵⁸. La tradición del

⁵⁶ Rawls 1993, I.6. En esa misma línea, Dahrendorf (1997, 50-51) dice que “la sociedad civil provee la sangre de vida de la libertad; su caos creativo de asociaciones le da a la gente la oportunidad de vivir sus vidas sin tener que suplicarle al estado o a otros poderes”.

⁵⁷ Por eso los liliputienses, según cuenta Lemuel Gulliver (Swift 1726, I.VI), “al elegir a las personas para todos los empleos públicos, se preocupan más por su moralidad que por sus habilidades ya que, siendo el gobierno necesario para la humanidad, ellos creen que el entendimiento humano común sirve para una u otra posición y que la Providencia jamás previó hacer del manejo de los asuntos públicos un misterio, que solamente comprendan unas pocas personas de genio sublime de las que rara vez hay tres nacidas en una generación. Por el contrario, piensan que la verdad, la justicia, la templanza y otros bienes similares están al alcance de todo hombre y la práctica de esas virtudes, asistida por la experiencia y la buena intención, calificaría a cualquier hombre para el servicio de su país ...”.

⁵⁸ El debate del siglo XIX entre liberalismo y conservadurismo (o izquierda y derecha), que venía del siglo XVIII, fue desplazado en el actual por el de nacionalismo y socialismo. Lukacs (1997, 104ss, 260) llega a sostener que “a lo largo de todo el siglo XX la relación (o el compuesto o mezcla) de nacionalismo y socialismo [fue] la configuración política dominante en todo el mundo”. Es decir, la fuente del conflicto político y social giró en torno a la interacción ideología-economía. Huntington (1996, esp. cap. 12) sugiere que, en cambio, etnicidad y cultura serán pivote de la política del siglo XXI.

escepticismo, la del estado como *sociedad civil*, gira en torno a la figura del individuo y alimenta la mística del liberalismo, el libertarismo y el conservadurismo clásico; la de la fe, la del estado como *empresa colectiva*, privilegia a la sociedad (la comunidad, la nación) como centro de la política y nutre el pensamiento socialista nacional e internacional, el comunitarista y del conservadurismo moderno. Mientras la primera se alimenta en el consentimiento expreso de los individuos, la segunda se asienta, mediando coacción si es preciso, en el interés general.

Como las categorías de análisis son muy diferentes, es difícil para los seguidores de uno u otro estilo de actividad política sintonizar la discusión mutua. Cuando un libertario habla de corrupción es probable que se refiera a una instancia de control coercitivo por parte de las autoridades⁵⁹. Cuando un socialista habla de corrupción por lo general descontamos que debe tratarse de un caso de explotación que resulta de la asimetría del sistema de relaciones políticas, económicas o sociales⁶⁰. Cuando un liberal habla de corrupción intuimos que se refiere a un caso de quiebra de la fe pública⁶¹.

Oakeshott sugiere evitar los extremos destructivos tanto de la política del escepticismo como los de la fe, proponiendo el punto *medio en acción*⁶², la virtud de explotar el camino de la vaguada, del torrente natural de las oportunidades políticas. Hay una ocasión para todo pero los cambios, cuando evitamos los extremos, tienden a ser reducidos en escala, frecuencia e improvisación y, por lo tanto, economizamos en esfuerzo y frustración⁶³. Ni utopía en la construcción de un mundo libre de corrupción ni desesperanza en la tarea de aspirar al bien sino *agatopía*, la búsqueda en serio de lo bueno posible.

⁵⁹ Mises 1949, 734.

⁶⁰ Por ejemplo, Gramsci (1947, 186-187) sostiene que los líderes exitosos establecen una *hegemonía* del sistema político mediante el control del discurso y el ejercicio coercitivo del poder.

⁶¹ Rawls 1971, cap. IX.

⁶² *Il faut jamais outrer*, que toma prestado del *tchong yong* confucianista (Vandier-Nicolas 1969, 247). O, como Berlin (1997, 260) interpreta la actitud preclara de Tagore, "... ni cediendo al Escila del modernismo radical ni al Caribdis del tradicionalismo orgulloso y sombrío".

⁶³ Como el escepticismo virtuoso que expresa Pascal en su quinta carta provincial y en sus *Pensamientos* (sección XIV, §865ss), frente a las posiciones extremas del jansenismo y los jesuitas.

El sentido de la política

El fin de la era de las luces y de su ambición de revelar por medio de la política el orden de la razón no será, necesariamente, un renunciamiento a la razón y una vuelta a pasiones oscuras. Empero, para evitar ese riesgo, es preciso reencontrar hoy la sabiduría en el sentido estoico del término; es decir, preservar la independencia del espíritu no solamente de la policía de los dictadores sino también del empobrecimiento de las conciencias⁶⁴.

El primer objetivo del liberalismo fue la separación del poder y la opinión, derivando el primero no del derecho *divino*, como en el pasado, sino del *natural* del hombre de satisfacer sus necesidades de seguridad, propiedad y libertad. Para ello fue necesario crear (recrear ahora) instituciones que garantizaran los derechos a subvenir esas necesidades que son debidas a todo hombre por su naturaleza misma e independientemente de sus creencias⁶⁵. Es decir, la sociedad debe ser *autónoma* y el poder, *neutro*, *agnóstico* y *representativo* del individuo. La diversidad y horizontalidad del orden liberal exigen que política y economía operen como mercados abiertos y que el poder sea estrictamente *funcional* y profundamente respetuoso de los derechos individuales y de las asociaciones⁶⁶.

Claro que no es lo mismo individualismo que liberalismo, aunque ambos ideales estén íntimamente entrelazados. El liberalismo originalmente tuvo dos justificaciones principales: impedir la arbitrariedad –y corrupción– de la condición social y del poder político y religioso. Las nociones de contrato social y mercado libre van de la mano de la visión individualista del liberalismo. Pero la de dispersión del poder fue una suerte de

⁶⁴ Ghéhenno 1993, 170.

⁶⁵ T. S. Eliot (cit. por Berlin 1998, 276n) sostiene que el pensamiento liberal reemplaza con el mito de la bondad en la naturaleza humana la creencia en la Gracia Divina.

⁶⁶ Sin embargo, como apunta Guéhenno (1993, 42), “si se reduce la política a una función de mercado, a través de la cual se determina el valor de los intereses en pugna, también se amenaza con hacer desaparecer automáticamente el espacio de la política misma, porque no hay mercado que pueda fijar el ‘valor’ del interés nacional y delimitar el espacio de la solidaridad”. Confer Walzer 1994, 35ss.

neofeudalismo, no la instauración de un individualismo sin restricciones sino de un orden social, más bien conservador, para garantizar la no injerencia indebida del estado⁶⁷. Ni las leyes ni los gobernantes son aceptados por ser sagrados o inmutables sino, precisamente, *porque se los puede cambiar*, especialmente si nos escandalizan con coacciones, arbitrariedades y discriminaciones odiosas⁶⁸.

Esto redundante en que, mientras la economía brinda información acerca del estado de las cosas, es la política la que establece el sentido del orden social. De allí la tensión eficiencia-justicia, inmanente al sistema liberal, que no se puede resolver sino racionalmente. Para intentar resolverla es preciso construir una noción de consenso racional que supere la cultural, basada ésta predominantemente en la tradición⁶⁹. ¿Pero a qué racionalidad nos referimos? Weber hablaba de sistemas de incorporación de la racionalización⁷⁰, derivados de esferas autónomas de validez: la de los hechos (la objetividad científica), la de las normas (la legitimidad jurídica) y la de los valores (la significación de los símbolos)⁷¹. Y así como el progreso tecnológico es la expresión práctica de la aplicación del conocimiento científico, la del progreso político es un orden ético-jurídico que funciona y la del progreso reflexivo, la comunicación sintonizada. Por lo tanto, la formación discursiva de la voluntad a través de la argumentación racional, por ejemplo para discutir los límites del poder y las condiciones de integridad

⁶⁷ Skidelsky 1996, 19ss; Vaca 1989, cap. IX.

⁶⁸ *Sec.* Holmes 1993, 262.

⁶⁹ Como apunta Josef Joffe (1997, 26), eso es lo que hace que “la democracia contemporánea [sea] no sólo egoísta sino *autorreferencial*”, tornando casi diabólico el traslado de experiencias o instituciones de una sociedad a otra. *Vide* Manent 1986, cap. 2.

⁷⁰ La Ilustración en el siglo XVIII, nos recuerda Berlin (*The age of Enlightenment ...*, 27), preveía que “una vez que las leyes que gobiernan el comportamiento humano fueran descubiertas e incorporadas a una ciencia racional de la sociología, análoga a la física o a la zoología, los deseos reales de los hombres podrían investigarse, ponerse bajo la luz y satisfacerse con los medios más eficientes compatibles con la naturaleza de los hechos físicos y mentales”. *Y, desde esa atalaya, la corrupción podía circunscribirse a una cuestión de tipificación criminal*. En el siglo XIX esa reducción ya se consideraba insuficiente. Es por eso que Gramsci (1947, 186-187) define irónicamente al estado como “un instrumento de ‘racionalización’, de aceleración y de *taylorización* ...” [Las bastardillas son mías.]

⁷¹ Los dominios de validez y racionalidad de Kant (ciencia, ética y estética) o del joven Hegel (trabajo, ética y representación). *Vide* Ferry 1985, 15-20.

de los agentes públicos, tiene que recoger, interpretar y evaluar *integralmente* todas estas expresiones válidas, evitando análisis fragmentarios o mecanicistas.⁷² Es decir, el sistema de vida en una sociedad avanzada se asienta en la capacidad de los ciudadanos de juzgar razonadamente las cuestiones de la cosa pública, basándose en un *modicum* de principios, virtudes y estándares morales democráticamente aceptados⁷³.

Dominios de la racionalidad

DOMINIO	OBJETO DE ESTUDIO	INSTRUMENTO	PRODUCTO	OBJETIVO
objetividad	estado de las cosas	leyes científicas	hechos probados	verdad
legitimidad	intereses	nomas jurídicas	derechos	justicia
significado	experiencias	formas simbólicas	representaciones	comunicación

Hay una modernidad del (auto)descubrimiento intelectual y religioso, la del progreso científico y tecnológico inevitable, simbolizada por la decapitación de Carlos I Estuardo en 1649⁷⁴.

⁷² Y sólo así es producto, como quería James Madison, de intercambios razonados que “refinan y amplían la visión pública” (cit. por Schlesinger 1997, 7).

⁷³ Saint Simon y de Maistre identificaron correctamente a Lutero como un gran rebelde, cuyas ideas alimentaron la lucha contra la uniformidad mucho más allá de su tiempo, como la rebelión contra el establecimiento en 1566 de un culto y un ropaje obligatorios para el clero que da origen al puritanismo inglés. De ahí proviene, sostiene Berlin (1994, 39), “el ataque general contra el racionalismo en todas las esferas, del mismo modo que algunas de las doctrinas más características de nuestro siglo: el existencialismo en la filosofía o el antirracionalismo de Karl Barth en la religión, las doctrinas de Heidegger y sus discípulos, el emotivismo en la ética, el surrealismo en el arte y todas las otras manifestaciones de rebelión contra el positivismo ...” Para una exploración profunda de la destrucción de las nociones de verdad y validez tradicionales en la ética y la política, a results del romanticismo del siglo XVIII, *vide* Berlin 1997, 168-93.

⁷⁴ Thomas Hobbes era tutor del príncipe de Gales, exiliado en París y futuro Carlos II, al producirse la Guerra Civil. En 1651, con la publicación del

Y hay también otra modernidad, la del conflicto social, representada por el aguillotamiento de Luis XVI en 1792 y consolidada por Napoleón con sus guerras y Mazzini y Lincoln con sus definiciones⁷⁵. La historia contemporánea es la de la relación simbiótica entre ambas y la utilización de las instituciones del estado-nación para zanjar la brecha hecha carne por la segunda (la conciencia social y política) mediante la distribución masiva de los beneficios de la primera (el progreso social y económico). Pero es con la quiebra acelerada del estado de bienestar, a partir de la década de 1970, que las masas – expresando precisamente su conciencia histórica y su vocación de progreso material⁷⁶– comienzan a percibir el agotamiento tanto de la utopía liberal de la convergencia de intereses de clase como de la utopía socialista del triunfo inevitable del proletariado. En realidad, ambos agotamientos sólo se manifiestan en toda su plenitud e irreversibilidad hacia fines de la década de 1980, cuando se empieza a hablar de un 'nuevo orden mundial' sin ninguna precisión de contenido. Para colmo, la vuelta al conservadurismo decimonónico de los mercados sueltos desde fines de la década de 1970, que ha recreado una “nueva era de las desigualdades”, también ha descerrado la desesperanza de las “clases peligrosas”, que sólo juzgan al poder a través de la imagen desacralizadora del periodismo de imágenes. Esto se patentiza cada vez menos como farsa y más como tragedia en el resurgimiento del socialismo real y el nacional, del milenarismo y los fundamentalismos raciales y religiosos⁷⁷. Y para colmo no se cuenta, como cuando se vivía una situación similar a principios de siglo, con predicadores laicos del optimismo, la racionalidad sensible y la fe en la condición humana de verdadera autoridad universal, como Rabindranath Tagore (*el espíritu de servicio y*

Leviatán, hace las paces con el régimen de Cromwell y vuelve a Londres. Sin embargo, es con la Restauración de 1660 que se transforma en el inglés más prominente de su tiempo.

⁷⁵ Como la expresión “el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”, acuñada por Giuseppe Mazzini en 1851 y utilizada por el Presidente Abraham Lincoln al cierre de su oración de Gettysburg en 1863. Smith 1994, 84; Wallerstein 1995, cap. 7.

⁷⁶ *Sec.* Lukacs 1993, 281.

⁷⁷ Fitoussi y Rosanvallon 1996; Ghéhenno 1993, 47, 51; Landes 1998, 519-24; *vide* Guariglia 1996, 249ss.

sacrificio) o Albert Schweitzer (*el principio de reverencia por la vida*)⁷⁸.

La formación discursiva de la voluntad social a través de la deliberación racional y permanente requiere, por supuesto, mucho más que la aptitud de comentar las noticias de la televisión y criticar las cortapisas a las garantías republicanas. Es preciso que una masa crítica de ciudadanos atentos conozca *en profundidad* los asuntos públicos en discusión y se preocupe, *virtuosamente*, por el destino colectivo⁷⁹. Porque incluso considerando sólo a los decentes, toda nación enfrenta dos tipos de corrupción primaria, una por exceso y otra por defecto. Por un lado, está la *corrupción de los fundamentalistas*, que no admiten la multiplicidad y la diferenciación del 'exceso de deliberación'. Para ellos, lo que se pierde por carencia de riqueza en la diversidad se gana con la carencia de distracción que exigen las ambigüedades⁸⁰. Por otro lado, está la *corrupción de los indiferentes* que, por dejación o aporía, rehúsan atar su identidad y la de sus familias al proyecto siempre inconcluso de la comunidad política.⁸¹ A éstos mejor que a nadie se les aplica la sentencia de Montesquieu: "el gobierno es como todo lo demás: para preservarlo debemos amarlo"⁸².

En suma, es la corrupción primaria, *de los valores arquitectónicos*, la que da ocasión a la secundaria, *de los comportamientos indecentes*. Contra la segunda podemos recurrir

⁷⁸ Lo más cercano son el presidente checo Václav Havel y el novelista ruso Alexandr Solzhenitsyn. Racionalidad sensible decimos porque, como describía Hamann (Berlín 1994, 108), la racionalidad pura es como "la fría luz de la luna, de la que no podemos esperar que ilumine nuestra débil razón ni que abrigue nuestra lábil voluntad". Havel —modelo del príncipe-filósofo, como su predecesor en el Castillo de Praga y fundador de Checoslovaquia Tomá_ Masaryk— sostiene que "la principal tarea de la era que viene es ... la renovación radical de nuestro sentido de responsabilidad. Nuestra conciencia debe alcanzar a nuestra razón; de otro modo, estamos perdidos ... Debemos deshacernos de nuestro antropocentrismo egoísta, de nuestro hábito de vernos como señores del universo, capaces de hacer lo que se nos ocurra". *Vide, e.g.*, Müller y Pouilliard 1992; Dutta y Robinson 1996, 364, *etiam* cap. 25; Václav Havel presiding, 49.

⁷⁹ Masa en el sentido de la ciencia física, no de la sociología. *Vide* Sandel 1996, 5ss; Himmelfarb 1994, *passim*.

⁸⁰ Es una actitud infantil ya que, precisamente, el rasgo clave de la madurez individual y social es la tolerancia razonada de la ambigüedad razonable. Oakeshott 1996, 118.

⁸¹ *Sec.* Sandel 1996, 350; Fraser 1990, cap. 6.

⁸² Montesquieu, *El espíritu de las leyes* (1748), libro II, cap. IV, §5.

a punitivos y disuasivos específicos, desde el derecho penal al oprobio y la execración sociales; contra la primera, a los más sutiles pero a la larga más contundentes de la persuasión racional y la movilización de los sentimientos de piedad y probidad de la comunidad⁸³.

III

Corrupción y praxis política

Hay muchas —demasiadas— figuras públicas que se enriquecen a costa del erario público y nuestra respuesta frecuentemente es la ironía antes bien que la indignación. Sabemos que “quien busca la salvación del alma ... no debe buscarla en la avenida de la política”⁸⁴ pero hay veces en las que nos sorprendemos admirando a esas figuras, “con un guiño cómplice y una sonrisa aviesa”⁸⁵. ¿Por qué? ¿Acaso es envidia, por el ejercicio que hacen de un albedrío aparentemente sin límites, como los deseos y fantasías ocultos que, como en las interpretaciones de Freud, disfrutamos en sueños o en la intimidad pero nos sentimos avergonzados de confesar? ¿O será que no es que los admiremos por su comportamiento inmoral sino más bien que nos fascina su procura de objetivos aparentemente inalcanzables, con denuedo y a costos personales

⁸³ Carter (1998) plantea convincentemente que los regímenes democráticos, por su misma vocación de legitimidad, deberían proveer fórmulas para ordenar las manifestaciones de la *desobediencia civil*, en vez de reprimirla, de modo que los disconformes no se vean justificados a quebrar el vínculo de *lealtad* con el estado, como cuando la decisión política cercena expresiones de culto, la administración de justicia constituye un fraude o la corrupción, un pasatiempo de los amigos del poder.

⁸⁴ Max Weber (1946, 126) distinguía la *ética de las convicciones* de la *ética de la responsabilidad* (adhiriendo así, en realidad, a la idea de que existe una ética singular para los políticos). Una encarna los valores absolutos; la otra, la complejidad de las relaciones medios-fines. “Weber —nos recuerda Dahrendorf (1997, 52)— murió en el Año Sexto de la Segunda Guerra de los Treinta Años, que comenzó en 1914 y terminó en 1945, de modo que se salvó de lo peor de ella, Stalin, Hitler. Cuando la sociedad adoptó una calidad absoluta o, para usar la expresión de Mussolini y luego Hitler, una calidad 'total', la ética de la responsabilidad perdió su relevancia”.

⁸⁵ Arkes 1997, 124.

sobrehumanos?⁸⁶ ¿Será que su personalidad nos atrae y repele al mismo tiempo?

No hay nada extraño en sentir admiración y rechazo, atracción y reticencia a la vez, especialmente cuando nos confunde la incongruencia entre el mensaje expuesto y la realidad profunda⁸⁷. Es precisamente por eso que necesitamos una conciencia moral, reflexiva y expandida, que interprete y ordene racionalmente nuestras percepciones. El problema se vuelve más complejo, sin embargo, cuando gran parte de la sociedad se pronuncia a favor de la reducción –y hasta la supresión– del espacio de la conciencia, inclinando peligrosamente la tensión creación-destrucción (*eros-thanatos*) latente en toda sociedad. Un nuevo interrogante entonces nos deja absortos: ¿Si el poder corrompe, también la corrupción otorga poder?⁸⁸.

La corrupción como instrumento

Cuando presentamos al hombre como un autómatas de sus reflejos, como una máquina de la mente, como un atado de instintos, como un peón de sus impulsos y reacciones, como mero producto del instinto, la herencia y el medio, alimentamos el nihilismo al que, de por sí, tiende el hombre moderno ... Las cámaras de gas de Auschwitz, Treblinka y Maidanek ... el último estadio de esa corrupción... fueron preparadas, en última instancia, no en uno u otro ministerio de Berlín sino en los escritorios y salones de clase de los científicos y filósofos nihilistas⁸⁹.

⁸⁶ Como reflexiona Berlin (1997, 192), “admiramos a Pedro El Grande, Federico El Grande o Napoleón y, no obstante cuán bajo reputemos sus motivaciones, los llamamos grandes, estudiamos sus vidas y actos y ese mismo estudio afecta profundamente nuestra visión de la potencialidad humana”.

⁸⁷ Como dice William Blake (cit. por Berlin 1994, 62), “Sin Contrarios no hay progresión. La Atracción y la Repulsión, la Razón y la Energía, el Amor y el Odio son necesarios para la existencia humana”.

⁸⁸ Tocqueville (1835-40, 223) plantea esta cuestión de “robar de la bolsa pública o vender los favores del estado por dinero [...], y de percibir a esos vicios como la causa del éxito, como [...] una odiosa confusión de las concepciones de la abyección y el poder, del demérito y el éxito y de la ganancia y el deshonor”. Vide Petersen 1995; Bennett 1998a, 130.

⁸⁹ Viktor Frankl (1946, xxvii), sobreviviente de Auschwitz, fue el fundador de la tercera escuela psicoterapéutica de Viena (la primera fue la de Freud; la segunda, la de Adler). Critica del psicoanálisis freudiano que reduzca al hombre a un mero conglomerado de apetitos de disfrute y poder –el principio del placer, la compulsión del status– bajo la pretensión de no ocuparse de los

Como los medios de difusión están encima de las autoridades públicas permanentemente, la majestad de su magistratura ya no nos deslumbra como la de sus predecesores a nuestros abuelos. Si, además, la sociedad disfruta de un cierto grado de paz interna y exterior y a nuestro bienestar no lo acechan inclemencias de envergadura tampoco reclamamos de los dirigentes políticos que nos sirvan de fuente de inspiración. Eso lo exigimos de quienes son responsables de conducir procesos de extrema gravedad y magnitud, como guerras civiles e internacionales, depresiones económicas y calamidades de la naturaleza. Es decir, por lo general nos conformamos con que los dirigentes sean duchos en la navegación de las turbias aguas del juego político, cumplan con algo de lo que prometieron desde el llano y todavía prometen a través de los medios de difusión y sepan guardar las formas en su vida pública y privada. No son nuestros árbitros morales, ni mucho menos, y es por eso que rara vez nos merecen la reverencia reservada a los grandes líderes espirituales (el Papa o la Madre Teresa) o a unos pocos prohombres de la historia (Belgrano, Gandhi, Pushkin). Es en razón de su rara excepcionalidad que las figuras de Nelson Mandela o Václav Havel son paradigmáticas en el mundo de hoy, a pesar de sus escasos logros en el campo de la administración económica de sus países.

Salvo que medien antecedentes criminales o de comportamiento que denuncie la prensa y provoquen escándalo, por medios rara vez bajo el control del electorado se extienden cheques en blanco a figuras cuyo único mérito es su destreza en forjarse un espacio de acción y cuya legitimación se circunscribe a que los tocó la varita mágica del poder. A su turno, quien ejerce la función pública con objetivos espurios –porque el poder lo ampara, primero, y más tarde porque los recursos económicos y las influencias que ha acumulado le otorgan peso específico propio– ensaya una lógica perversa, invirtiendo la carga de

valores. Que Freud, y en nuestro ámbito Maquiavelo, consideren solamente la sección inferior de la naturaleza humana y no la que busca la luz. Su *logoterapia* propone una psicoterapia que no solamente reconozca sino que tenga al espíritu mismo como punto de partida. *Logos*, desde este enfoque, significa 'lo espiritual' y, más aún, 'el sentido de la vida'. [La bastardilla es mía.]

prueba de la decencia. Así plantea a sus críticos, cuanto menos implícitamente, el interrogante: ¿Si todo (esta sociedad y el mundo) está corrompido de raíz, cómo pretenden que sus líderes seamos más virtuosos que ustedes mismos?⁹⁰, argumento que también le ayuda a escamotear los pruritos de sus propios socios⁹¹. Para salirse con la suya y borrar el rastro que dejan sus artificios, por lo menos en el corto plazo, se escuda hábilmente en su papel de héroe de la hora, de prenda de pacificación o estabilidad, de restaurador del orden tradicional o de garante insustituible de uno nuevo, de último muro de contención del caos.

Pero, para lograrlo a largo plazo, se ve forzado a enriquecer su núcleo de confianza más allá de su familia extendida⁹² y de sus amigos de larga data e, incluso, fuera del ámbito público; es decir, precisa de la colaboración activa y pasiva de personas prestigiosas, idóneas o nuevas⁹³ que, por afán de enriquecimiento, influencia o reconocimiento, aporten ideas, información y contactos, justifiquen lo injustificable, encubran información clave o ayuden a confundir. No es necesario que esas personas hagan conscientemente lo que se espera de ellos pero sí que no vacilen, afecten neutralidad o recurran a la deslealtad cuando el ardid u ocultamiento se devela, especialmente si los beneficios que disfrutan por su función son discernibles.

Es el reino de los resultados, el de la *Machtpolitik*⁹⁴, en donde no se puede dudar quién es el enemigo ni los reclamos de inocencia son un recurso⁹⁵. Es, en realidad, la realización de la

⁹⁰ *El que de ustedes esté sin pecado ...*, como en la parábola de la adúltera (Jn. 8:7). Vide Frankl 1946a, 58.

⁹¹ *Ladrón que roba a ladrón ...* En este sentido, he comprobado que la expresión *mejicanear*, común en la Argentina, es casi desconocida en el resto de Latinoamérica. Claro que Tocqueville (1835-40, 233) previene que “la corrupción y la incapacidad no son intereses comunes capaces de unir a los hombres de modo permanente”.

⁹² Aunque es en ese primer círculo que las deslealtades pueden llegar a ser más nocivas. Cfr. Mt. 10:36.

⁹³ Especialmente los jóvenes sobresalientes, que por lo general no tienen un pasado a cuestas que justificar o ataduras institucionales a las que responder.

⁹⁴ Un concepto incorporado a la ciencia política durante la Guerra Fría pero surgido de las relaciones internacionales (Morgenthau 1948), como las enseñanzas de Grotio tres siglos antes.

⁹⁵ “El partido de los grandes batallones –reflexiona Berlin 1998, 308n, haciéndose eco de Stalin– no reclama que Dios está de su lado”. Este siglo ha dado exponentes brutales de la praxis política realista como, salvando las

virtud política y la *verdad efectiva* de las cosas (la verdad corroborada por el éxito y la experiencia), según la concepción de Maquiavelo. De su modelo de príncipe en acción: un líder seguro del acatamiento y en control de las pasiones de sus súbditos, principalmente orientado hacia la expansión de su dominio y con una base de poder bien armada para lograr y conservar uno y otra⁹⁶. A partir de estas ideas, el maquiavelismo da por tierra con dos milenios de tradición judeocristiana y clásica que interpretan a la virtud como el justo orden del espíritu. Según este enfoque,

distancias, Nasser, Mao, Franco y Stalin y sus seguidores en los cinco continentes. Pero hubo tres que sintetizaron, en su momento, los sentimientos épicos, líricos y dramáticos ancestrales de sus naciones: Mussolini, Churchill y De Gaulle. Sin embargo, Lukacs (1997, xi, 251) sostiene que fue Hitler “la figura más extraordinaria de la historia del siglo XX ...”, al haber fundido esos componentes en una personalidad urgida por la violencia y el odio, a la vez criminal y sensible, y liderando una maquinaria de guerra, producción y propaganda feroz e implacable. Verdaderamente, nuestro interés en interpretar, *en toda su dimensión*, la verdadera identidad, propósitos y la naturaleza de la malignidad de Hitler y el nazismo no cesa, a más de medio siglo de su *Götterdämmerung*. En la novela *El traslado a San Cristóbal de A. H.*, un *best-seller* llevado al teatro en los años 1980, George Steiner (1981, esp. cap. 17) sitúa a un Adolf Hitler nonagenario, sobreviviente en lo más recóndito de la Amazonía y capturado por comandos israelíes. El libro concluye con un encendido e inesperado alegato de Hitler a sus captores, en plena selva. Sostiene este Hitler ficticio que su prédica la copió de los israelitas: “Todo. Separar una raza. Prevenir la de toda contaminación. Mostrarle la tierra prometida. Vuestras creencias. Vuestra arrogancia”. La solución final fue necesaria, dice, “para volver al hombre a lo que es, egoísta, codicioso, miope pero cálidamente abrigado por su propia inmundicia: ¿Qué es el judío sino un largo cáncer de inquietud? ... El judío vació el mundo creando un Dios aparte, inconmensurablemente aparte de los sentidos del hombre. Sin imagen. Sin corporización concreta ... Pero con terrible cercanía ... *El judío inventó la conciencia y transformó al hombre en siervo de la culpa* ... Pero ésa fue sólo la primera muestra de chantaje ... ¿Qué le pidió [el Nazareno] al hombre? Que renunciara al mundo, que amara a su prójimo como a sí mismo ... Exige de los seres humanos más de lo que pueden dar, exige que renuncien a su humanidad egoísta y sucia en nombre de un ideal superior y harás de ellos tullidos, hipócritas, mendicantes de salvación ... Pero hay un tercer acto en nuestra historia[, el del rabino Marx] ... La sociedad sin clases, a cada cual según sus necesidades, hermandad para toda la humanidad, la tierra hecha jardín nuevamente, un Edén racional ... ¡En nombre de cuya promesa la tiranía, la tortura, la guerra, la exterminación fueron una necesidad! Tres veces el judío nos ha presionado con el chantaje de la trascendencia. Tres veces ha infectado nuestra sangre y cerebro con el bacilo de la perfección”. [La bastadilla es mía.]

⁹⁶ Maquiavelo, *El príncipe* (1513), en esp. cap. 17. El concepto de *virtù* de Maquiavelo está contenido en los caps. III al XXIV y, por supuesto, no tiene nada que ver con la virtud según la interpreta la tradición platónico-aristotélica.

habrá ley divina o natural pero siempre supeditada a la ley de la voluntad y toda forma de compasión o sentimentalismo carece de sentido en política, más que como herramienta de manipulación. Como consecuencia necesaria, la idea de *civitas* se desvanece y se dejan sueltos los intereses y las pasiones, para que compitan por su espacio relativo. Y ese orden laico —es decir, depurado de la moral cristiana que, según Maquiavelo, debilita las virtudes cívicas—, alimenta el inestable compuesto de individualismo y comunitarismo que racionaliza la Ilustración.⁹⁷ Ni la corrupción moral ni la corrupción política desvelan a Maquiavelo y sus seguidores, para quienes el mismo orden político, o las revoluciones que lo sacuden de su complacencia, proveen las correcciones que reclama el equilibrio sistémico con implacabilidad newtoniana⁹⁸.

Muy probablemente, Maquiavelo jamás pensó que su pensamiento llegaría más allá de la “provincia” de Italia y que el análisis y resolución de las políticas públicas del siglo XX —en sentido científico y práctico, político y económico, dentro, entre y a través de las naciones— estaría dominado por sus categorías⁹⁹. El principal problema sin resolver que esa concepción nos deja es cómo explicar la esencia de los designios maléficos de ciertos líderes políticos, especialmente los de aquellos cuya dimensión trágica escapa a los confines de las peores pesadillas.

Si el objetivo dominante del dirigente es mantener el poder (y el poder es sumar), ¿no debería ser morigerado en los males que propicia? ¿Es acaso, paradójicamente, el terror que irradian sus atrocidades lo que les asegura la permanencia? Son los casos de Hitler, Stalin, Mao o Pol Pot, cuyas víctimas inocentes se cuentan por millones (el terror como sistema y herramienta de dominación, los campos de concentración y exterminio como solución, el tráfico de los despojos como negocio, la propaganda

⁹⁷ Más aún, el anticonfesionalismo de Maquiavelo converge con el de los padres de la Reforma, pero no parece que haya habido contacto mutuo. Berlin 1998, 292; Lord 1997, 118ss.

⁹⁸ Aunque Maquiavelo (cit. por Berlin 1998, 276n) llega a decir que “el verdadero modo de llegar al Paraíso [es] aprender el camino al Infierno, para rehuirlo”. *Etiam* Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (1513), III:1.

⁹⁹ Que Maquiavelo se dirige exclusivamente a su generación de italianos (o florentinos) es la tesis de Herder, Hegel y otros pero no es una cuestión fuera de discusión. *Vide* Berlin 1998, 277ss.

como sustituto de la realidad, el asesinato político como recurso administrativo, el ritualismo pagano como norma, la compartimentalización de la conciencia como requisito de la conducción política¹⁰⁰).

Personalidades monstruosas para quienes pareciera que hacer el mal fuera una realización consciente sí, pero de orden místico o artístico, a la vez diabólicamente refinada en su alevosía y brutal en su contundencia¹⁰¹. Seres contranaturales que nos conmocionan hasta lo más profundo –que nos sugieren interrogarnos: ¿Sería yo también capaz de tales aberraciones?–y acerca de cuya condición nos quedamos sin respuesta precisamente porque la tradición filosófica y religiosa de Occidente percibe al mal como algo extraño al ser humano¹⁰².

¿Cómo encontrarle explicación a esa gente y a muchas de sus acciones, que van tanto más allá de los tiranuelos que soportamos en la cotidianidad? ¿Cómo explicar las decisiones aberrantes de líderes que, por lo general y por lo que sabemos, actúan dentro de los márgenes de lo predecible? ¿Cómo

¹⁰⁰ “Hitler requería no solamente la compartimentalización de nuestras actividades sino también de nuestro pensamiento”, explica Albert Speer, probablemente lo más cercano a un amigo que tiene Hitler en sus años de mayor poder. Aunque Christa Schröder –en orden de confianza, la segunda secretaria de Hitler– sugiere que “la estupenda corrupción de todas las áreas administrativas, con innumerables personas amasando fortunas” es una mejor explicación. Sereny 1995, 184ss, 248-49; cfr. Breton y Wintrobe 1986.

¹⁰¹ De ahí que se sostenga que el maquiavelismo haya sacado la política del ámbito de la ética para llevarla al de la estética, como si los políticos moldearan a la masa al modo de los escultores, transformándola en un objetivo e instalándose ellos mismos en protagonistas de la historia. Berlin 1998, 278.

¹⁰² Se trata de la llamada *paradoja de Sócrates*, que recoge Platón en el *Protágoras* (*Diálogos*, §358): “Ningún hombre busca voluntariamente el mal o aquello que piensa que es malo. *Preferir el mal al bien no está en la naturaleza humana* y cuando un hombre se ve forzado a elegir entre dos males, nadie elige el mayor cuando puede elegir el menor”. Tanto San Agustín (*La ciudad de Dios* (413-26), VII.3ss, XI.22), al investigar “el origen del mal, es decir, el origen de la corrupción” como Santo Tomás (*Summa*, I.III.q48.a1.ob5) al proponer “que el mal debe conocerse a partir de la noción de bien”, sostienen que el mal no es *natural*. ¿Esto quiere decir que Hitler y Stalin hicieron tanto mal porque creían que hacían el bien o lo que debían o para evitar males mayores? La ciencia y la filosofía se sienten incómodas cuando se aborda la cuestión -intuitiva y empírica- del mal, que recibimos de la tradición religiosa (*misterium iniquitatis*) y nos dejan sin respuesta convincente en estos casos límite. Vide Rosenbaum 1998, en esp. 209ss; Delbanco 1995, 1.1.5. [Las bastardillas son mías.]

manejarnos frente a unos y otros poderosos cuando nos llaman a colaborar (o a conspirar), en nombre de los intereses superiores de la nación, de nuestra forma de vida, del espíritu de la comunidad?

Frankl sostiene que el hombre se enfrenta constantemente con la necesidad esencial de encontrarle sentido a la vida y que las tensiones morales que esa búsqueda le originan son un requisito de la salud mental, no una simple dolencia neurótica. Incluso más, es cuando no reconocemos ese mandato vital que caemos en estados de ansiedad, de neurosis colectiva, que se identifican por la compulsión a vivir al día, por asumir actitudes fatalistas, por “sumergirnos en la masa” y adoptar como propias sus explicaciones míticas o, peor aún, su fanatismo.¹⁰³ El caso extremo es el del espía, terrorista, sicario, torturador o mero testigo informado que comienza a enfermarse por no poder soportar la brecha creciente entre lo que hace y lo que en la intimidad sabe que no debería hacer¹⁰⁴.

Pero no es necesario ir tan lejos para orientar nuestro diálogo con el poder y la conveniencia. Para sortear los engaños ajenos y propios que nos impiden ser libres y responsables, Frankl propone “vivir como si lo hiciéramos por segunda vez y fuéramos a actuar ahora tan equivocadamente como lo hicimos la vez anterior”. La vida se transforma así en la mayor tarea del hombre; para el hombre de fe, en su misión; para el ciudadano de

¹⁰³ “Ningún instinto le dice [al hombre] lo que tiene que hacer –reflexiona Frankl (1946a, 111)– y ninguna tradición le indica lo que debe hacer; algunas veces ni siquiera sabe lo que quiere hacer. En cambio, hace lo que otra gente hace (conformismo) o lo que otra gente quiere que haga (totalitarismo)”. Se trata del capítulo del conocimiento de la *psicopatología de masas*, continuamente enriquecido por las miserias y sufrimientos de nuevas guerras, como en la actualidad el terrorismo fundamentalista y la ‘limpieza étnica’ en todos los continentes. La historia del siglo XX, y quizá la de todos los tiempos, recoge muestras de sobra de que el peor barbarismo es aquel que resulta de las cruzadas que reducen el mal a un objeto de odio. *Vide* Delbanco 1995, 183.

¹⁰⁴ Albert Speer, el principal arquitecto y *metteur en scène* del régimen nazi, colapsa (brevemente) en 1944, cuando ya no puede encontrar argumentos para disimular su corresponsabilidad por las atrocidades nazis. A esa altura, la actividad económica del Tercer Reich, de la que Speer como Ministro de Armamentos y Producción para la Guerra es principal responsable, es sustentada por 14 millones de trabajadores, en su inmensa mayoría mano de obra esclava. Sereny 1997, cap. XVI.

un estado democrático, en el imperativo de descerrar la conciencia y separar el interés del deber¹⁰⁵.

Sólo cuando encuentran codelincentes, cómplices y abstinentes propiciadores es que pueden prevalecer los corruptos corruptores, por magnética que sea su personalidad y prédica y plausibles sus objetivos y logros.

Manos sucias y sacrificio moral

Los hombres pierden sus altas aspiraciones del mismo modo que pierden sus gustos intelectuales, porque no tienen tiempo u oportunidad de disfrutarlos y se vuelven adictos a placeres inferiores, no porque deliberadamente los prefieran sino porque son los únicos a los que tienen acceso o los únicos que todavía son capaces de disfrutar¹⁰⁶.

Ofuscarnos con la corrupción política y administrativa, como si fuera la única –y siempre peor– manifestación social de indecencia es una simplificación que permite calmar muchas conciencias pero que no va a mejorar nuestra realidad profunda. Y esto porque no podemos agotar el análisis en quienes ejercen representación pública ya que hay muchos poderosos del ámbito privado con gran incidencia social¹⁰⁷. Por principio, el político y el funcionario público –a diferencia de los particulares–, deben mostrar y demostrar su decencia ante la corte de la opinión pública –hasta el cansancio ajeno, pero sin cansancio propio–, con independencia de las cuestiones legales en discusión. Se entiende que la legalidad es la moralidad *mínima* del funcionario público, quien debe procurar la legitimidad con mayúsculas. Por otro lado, el empresario, ejecutivo, profesional o intermediario de negocios que se beneficia al ejercer una cuota de poder que excede su esfera de acción económica debe ser responsable por *todas* las consecuencias de *toda* su actividad, por mejor apariencia o

¹⁰⁵ Frankl 1946a, 2a. parte, en esp. 151; Frankl 1946, II.A,1, en esp. xxiss. Frankl (1946a, 49) también dice textualmente que “la salvación del hombre es a través del amor y está en el amor mismo”.

¹⁰⁶ Mill, *El utilitarismo* (1863), cap. 2.

¹⁰⁷ Weber (1946, I.IV) engloba en esa categoría a los *condottieri*, a quienes compran o controlan puestos públicos, a los periodistas y gremialistas que se enriquecen facilitando el tránsito y a los que consiguen votos.

anonimia que le brinde el régimen legal o su amistad con el poder. Es decir, su responsabilidad también llega al uso, debido o no, de los recursos económicos y de poder que acumula, a sus contribuciones a la sociedad, a los principios, criterios y normas que adopta para regir su accionar y a la calidad de los bienes y servicios que produce.¹⁰⁸

Y aun así, ¿en qué se diferencian las *manos sucias* de los políticos indecentes de la actividad de otros actores sociales, como los empresarios, periodistas, líderes sindicales y dirigentes deportivos que “hostigan, mienten, intrigan, usan máscaras, sonríen y son villanos?”¹⁰⁹. Si el engaño o la ilusión también acompañan los empeños del prestidigitador, el actor, el vendedor y la inmensa mayoría de los abogados, ¿por qué nos ofenden tanto los provenientes de los políticos? *Es que los políticos actúan en nuestro nombre y representación colectivos*. Y si es necesario presionar, ocultar y mentir para gobernar y algunos están dispuestos a hacerlo por dinero, poder o gloria (o por alguna combinación de esos bienes), al otorgarles su mandato también decidimos tolerar sus imperfecciones, a sabiendas de que muchos de ellos actúan fuera del ámbito de la moral media de la sociedad¹¹⁰. Es más, por lo regular no queremos saber mucho ni muy profundamente qué es lo que nuestros políticos, policías y

¹⁰⁸ Claro que aquí las categorías del método económico nos nos sirven de guía idónea porque, para que la discusión moral misma tenga razón de ser, el deber no se puede confundir con el interés. *Vide* Agatiello 1992, 48-49; 1996, 23, 34ss.

¹⁰⁹ Se trata del llamado *problema de Maquiavelo*. Maquiavelo escribió *El príncipe* en 1513, junto con los *Discursos*, y trató infructuosamente de llevarlo a la atención de los Medici (se lo dedicó a Lorenzo el Magnífico), quienes reconocieron tardíamente su talento, pero como autor dramático. Recién fue publicado póstumamente en 1527 e incluido en el primer *Index librorum prohibitorum* de 1559 de la Sagrada Congregación de la Inquisición Romana. En realidad, el primer índice romano fue decretado por el papa Gelasio I en 496 y el primero tras la invención de la imprenta apareció en Lovaina en 1546. El índice era un capítulo del magisterio de la Iglesia dirigido a prevenir *la contaminación de la fe y la corrupción de la moral* a través de la lectura de los libros declarados erróneos o inmorales. Nunca fue una enumeración exhaustiva de las lecturas censuradas o condenadas por la Iglesia sino sólo de aquellas en las que la autoridad eclesiástica era llamada a intervenir. La última y vigésima edición de 1948 rigió hasta 1966, cuando fue eliminado. *Vide* Walzer 1973, 162.

¹¹⁰ Weber 1946, 77-128.

espías hacen¹¹¹. Claro que el juego se nos complica cuando descubrimos que nuestra hipocresía nos torna cada vez más invulnerables.

Ellos han aprendido las lecciones de Maquiavelo, que los instruye a ser impíos¹¹² y a aprovechar que “cuando el acto acusa, el resultado excusa”¹¹³. Aun así, ellos no saben con anticipación el resultado de sus acciones y es esa vocación desmedida de riesgo, ese caminar sin vértigo al borde del precipicio, lo que más alimenta (e insaciablemente) nuestra fascinación irredente por los políticos¹¹⁴.

Hay dos consideraciones que damos por sentadas cuando razonamos de esta manera: que es la *singularidad* de la actividad de gobierno, sumamente diferente a la de las demás ocupaciones, lo que induce al político hacia el comportamiento inmoral (la tesis de las *manos sucias*¹¹⁵), ya que al resto de los mortales no

¹¹¹ Será por eso que, como nos ilustra Montaigne (1580, III:I), cuando el rey Lisímaco le pregunta a Filípides “¿De mis posesiones, cuál quieres te deje?”, éste le contesta: “La que quieras, mientras no sea ninguno de tus secretos”.

¹¹² El original reza textualmente: “a ser no buenos”. Maquiavelo, *El príncipe* (1513), cap. 15; Codevilla 1997, xxxviii; *confer Discursos* (1513), libro I, caps. IX y XVIII. *Etiam* Gandillac 1973, II.3. También Maquiavelo (*El príncipe*, cap. XVIII) recomienda que “el príncipe tenga el mérito de conquistar y mantener su estado, [ya que] los medios siempre serán considerados honestos y será elogiado por todos; porque el vulgo siempre cree que las cosas son lo que parecen ser”. Claro que ya Platón los autorizaba a mentir (*La República*, libro III, 389). Por el contrario, Walzer (1973, 180) condena estas manifestaciones de hedonismo psicológico al amonestar que “se dirían menos mentiras si nos hiciéramos el firme propósito de denegar el poder y la gloria a los peores mentirosos”.

¹¹³ *Está bien todo lo que termina bien*, como la comedia de Shakespeare, contemporánea de sus grandes tragedias (1599-1608) y del *Quijote* (1605). Maquiavelo, *Discursos*, libro I, cap. IX. Por su parte, Hobbes (1651, cap. XI) nos recuerda que “la falta de ciencia, esto es, la ignorancia de causas, dispone o más bien constriñe al hombre a confiar en el consejo y autoridad de otros. A todos los hombres a quienes los preocupa la verdad, si no confían en su propia sabiduría, deben hacerlo en la opinión de quienes ellos mismos consideran más sabios y no ven por qué aquéllos debieran engañarlos”. [La bastardilla es mía.]

¹¹⁴ La admiración de los poderosos a menudo también pretermite la condena de sus apetitos desmesurados, como los orgiásticos de un Kennedy o los dipsomaníacos de un Churchill. *Vide* Slotte 1983, cap. 4, v; Arkes 1997, 124.

¹¹⁵ “Tengo las manos sucias hasta los codos. Las he hundido en la basura y la sangre. ¿Creen ustedes que se puede gobernar inocentemente? ... [Pues] no soy yo quien inventó la mentira; ella nació de la sociedad dividida en clases sociales y cada uno de nosotros la heredó al nacer ... No vamos a abolir la mentira por rehusarnos a decir mentiras sino usando todos los medios

se nos exigen *renunciamientos de conciencia* como los que los políticos, en razón de su actividad, se ven forzados a enfrentar con gran frecuencia (la tesis del *sacrificio moral*)¹¹⁶. Sin embargo, que la actividad política confronte a sus actores con instancias de inmoralidad 'inevitable' y de gran magnitud, no significa que tengamos que formular toda una teoría *ad hoc* para poder analizarlos a la luz de la ética. Por el contrario, es precisamente porque la actividad política tiene incidencia directa e indirecta en todas nuestras vidas que es necesario evitar que su filosofía diste demasiado de los valores del conjunto comunitario. Para empezar, también en otras profesiones es preciso sacrificar valores superiores, como en casos extremos de aborto, eutanasia, privación de la libertad de sospechosos o revelación de secretos de estado. También fuera del ámbito de la política hay organizaciones y personas muy perniciosas (terroristas, violadores), es preciso utilizar la fuerza física o moral para sojuzgarlas (secuestros, amenazas) y se violan constreñimientos deontológicos para obtener, reprensiblemente, resultados que reputamos 'necesarios' (coacción, engaños).

Hay tres instancias que se le presentan a toda persona en situación de liderazgo, pero que son particularmente pertinentes al sujeto activo de la acción política¹¹⁷. Ellas constituyen el núcleo del planteo de Maquiavelo: la *transacción*, la *desistencia* y el *aislamiento morales*¹¹⁸. La transacción es un arreglo por el que los participantes deben renunciar a parte de sus fines. La cuestión es, en este primer caso, si para lograrlo deben renunciar a parte de sus principios. Como lo hacen una y otra vez, legítimamente nos preguntamos si hay algún valor de esencia e irrenunciable en política y qué queda de tanto principio declamado luego de una larga carrera pública. La instancia de

disponibles para abolir las clases sociales" le hace decir Jean Paul Sartre a su personaje, el líder comunista Hoerderer, en *Les mains sales* (Sartre 1968, cuadro V, esc. III). Suena como el cerdo Squealer (Chillón) de *La granja animal*, la fábula de George Orwell (1944, cap. 3 *in fine*), cuando pregunta: "¿No imaginarán, espero, que nosotros los cerdos estamos haciendo esto con un espíritu de egoísmo y privilegio?".

¹¹⁶ Gowans 1994, 229.

¹¹⁷ Especialmente cuando se trata de un inmoral a medias que ya ha llegado, comienza a desvelarlo el impacto de la caída, y cae en la cuenta de su negligencia en tomar recaudos mínimos para ocultar sus travesuras.

¹¹⁸ Coady 1995, 380-382.

desistencia se verifica cuando un agente decide abandonar un curso de acción o deshacer un estado de cosas inmoral del que ha sido o es todavía parte o responsable, a veces involuntariamente. El problema en este segundo caso es que, para hacerlo, debe continuar haciendo mal, cometer nuevos daños, perjudicar a otra gente. El ejemplo clásico son los bombardeos e incursiones en Camboya que ordena el presidente Nixon de 1969 a 1973 para lograr —infructuosamente, luego se vería— mejores términos en la negociación para concluir la guerra de Vietnam¹¹⁹. La cuestión del aislamiento moral se plantea cuando el agente se encuentra en un contexto dominado por indecentes. Hobbes y Maquiavelo, por razones distintas (*preservar el poder* en el primero¹²⁰, *la supervivencia del estado* en el segundo¹²¹), le recomiendan abandonar las exigencias de probidad. Es el caso del agente fiel que llega a la triste conclusión de que no puede cambiar nada a través de su función y, entonces, cambia fáusticamente su honestidad. Esta tercera instancia es, típicamente, la actitud de los tibios en los procesos revolucionarios, en especial la de aquellos aliados que tienen un cierto prestigio que preservar cuando, pasado el fragor de la lucha, comienza la distribución de los despojos.

Pero es cierto que en la acción de gobierno se dan instancias límite, que es casi imposible que ocurran en el ámbito privado y que pueden acabar —y a veces acaban— en tragedias colectivas (la crisis de los misiles soviéticos en Cuba en 1962; hambrunas violentas en el Sahel, particularmente desde la década de 1970; exterminio racial y religioso en Bosnia-Herzegovina y Kosovo, el Curdistán, Nagorno-Karabakh, la India y Paquistán, Ruanda o el Congo en la década de 1990). Pero a esta altura de la discusión ya no estamos hablando de la corrupción de contenido económico sino de decisiones superiores de política y seguridad. Decisiones tan importantes que estamos dispuestos a condonar los renunciamientos de conciencia de los gobernantes, y a veces hasta respaldarlos abiertamente, por las exigencias heroicas de la hora. Como en las tragedias clásicas, nos parece mentira que exista quien pueda soportar continuar viviendo con cargas de

¹¹⁹ Vide Kissinger 1994, cap. 27.

¹²⁰ Hobbes 1651, cap. XXXI.

¹²¹ Maquiavelo, *El Príncipe*, cap. VIII *in fine*.

conciencia de tal magnitud –como Lincoln, Roosevelt o De Gaulle– pero intuimos que sólo líderes de ese calibre pueden enfrentarse a designios diabólicos, como los de un Stalin, Hitler o Pol Pot. Por ejemplo, después de más de medio siglo todavía seguimos discutiendo y escudriñando los documentos más recientemente desclasificados para concluir si Churchill, cuando ordenó el bombardeo de objetivos puramente civiles en Dresden, o Truman, cuando autorizó el bombardeo nuclear de Hiroshima y Nagasaki, ambos con el argumento de acelerar el fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945, hicieron bien o mal. O, mejor dicho, si hicieron –suficiente y significativamente– más bien que mal.

Sin embargo, cuando juzgamos –“con criterios socráticos, más bien que platónicos”¹²²– a los políticos sometidos a exigencias supererogatorias (y en el resto de su conducta, en realidad), debemos hacerlo a la luz del ideal de gobierno y del sentido último de la política. Los gobernantes en los sistemas democráticos actúan con nuestro consentimiento y en razón de él. No podemos desentendernos de lo que deciden y hacen.

Podemos delegar ciertas prerrogativas en el ejecutivo –que es donde se concentra esta discusión– incluso para que vaya más allá del texto de la ley¹²³, y así de soslayo o implícitamente convalidar la tesis del *sacrificio moral*. Pero no podemos delegar nuestra responsabilidad, por más indirecta que ella nos parezca. Y es cuando admitimos esa corresponsabilidad como propia que la preocupación por la *integridad* del gobernante –su sensibilidad, equilibrio, coraje y prudencia éticos– adquiere toda su dimensión¹²⁴. Donde descubrimos por qué debe haber una

¹²² Dahrendorf 1997, 67.

¹²³ Sabiendo que delegamos y pretermitimos mucho y mucho más a menudo de lo prudencial, como lo evidencia la doctrina y recurso a los reglamentos de necesidad y urgencia en la Argentina. *Vide* Locke, *Tratado del gobierno civil* (1690), cap. XIV.

¹²⁴ Rawls (1971, 519-20) dice que “las virtudes de la integridad son virtudes sí, y están entre las excelencias de las personas libres. Sin embargo, aunque son necesarias, no son suficientes porque su definición admite casi cualquier contenido. Un tirano puede desplegar esos atributos a un grado sumo y, al hacerlo, exhibir un cierto encanto, no autoengañándose con las simulaciones políticas y las excusas de la fortuna. Es imposible construir una perspectiva moral solamente a partir de estas virtudes. Por ser virtudes de forma, ellas son, en cierto sentido, secundarias. Pero cuando acompañan la concepción de justicia apropiada, aquella concepción que permite la autonomía y la

convergencia entre la moral pública y la moral privada del gobernante y no simples arreglos de vidriera para guardar las apariencias¹²⁵. Donde nos avocamos a pedirle explicaciones minuciosas acerca del porqué de las decisiones que tomó, su oportunidad, especificidad y proporcionalidad, los (múltiples) constreñimientos a que estuvo sometido, (todos) sus objetivos, sus (sinceros) conflictos interiores¹²⁶.

En fin, nos preocupa la corrupción en los gobernantes y en nosotros mismos tanto como la desorientación (“todo el mundo lo hace”), la falta de discernimiento (“si pasa, pasa”) y la indiferencia (“mientras a mí no me afecte”) morales. Es que las normas, instituciones y autoridades que nos gobiernan, así como los derechos y libertades que ellas administran, “expresan y simbolizan ... nuestra dignidad e igualdad humanas, nuestra autonomía y nuestros poderes de autodirección!”¹²⁷.

La integridad –o indecencia– de los funcionarios públicos es, pues, contrafigura y reflexión de la organización material del poder de la sociedad política que existe. En una república, no hay forma de excusar nuestra responsabilidad solidaria por los actos de gobierno. En una democracia, no elegimos solamente ciertos bienes, personas y cursos de acción en vez de otros sino también nuestros propios porqués, conqués, cómo y paraqués de esas elecciones, aunque más no sea de modo implícito. Es decir, trazamos nuestro propio perfil ético, individual y social, y, como

objetividad correctamente entendidas, ellas pueden manifestarse en plenitud”. Adler (1991, 17-21) sugiere también que la libertad y la igualdad no deben ser interpretadas sino como instrumentos de la justicia. En la misma línea de pensamiento, Frankl (1946, 40) explica que la búsqueda de la felicidad tampoco puede ser un fin en sí misma.

¹²⁵ Los portugueses, cuando Gran Bretaña inspeccionaba los mares para combatir el tráfico de esclavos africanos durante el siglo XIX, acuñaron la expresión *para o inglês ver*, es decir, acomodar la carga para confundir a los censores y continuar como si nada.

¹²⁶ “Jamás des explicaciones, jamás te quejes”, rezaba una célebre advertencia a los políticos atribuida al primer ministro inglés Benjamín Disraeli, el padre de la política ‘posmoderna’. Así también Shakespeare le hace decir al rey Ricardo III (acto 5, esc. 3) que “la conciencia no es sino una palabra que usan los cobardes para sofrenar a los poderosos. Que nuestros fuertes brazos sean nuestra conciencia, las espadas nuestra ley ...” En sentido totalmente contrario, John Adams (cit. por Bennett 1998) sostenía que el pueblo tiene un “derecho irrefragable, inalienable, indisputable, divino a la clase más temida y envidiada de conocimiento; es decir, al conocimiento del carácter y conducta de sus gobernantes”.

¹²⁷ Nozick 1990, 286.

consecuencia, nuestra historia colectiva también se constituye en narración moral¹²⁸.

El peor de los pecados

En los años 1950 terminó preso por sus actividades subversivas, aunque sin acusación formal, un brillante dirigente estudiantil. Con el tiempo llegaría a ocupar posiciones prominentes en la vida pública argentina e internacional, pero él no lo sabía en ese momento. Le tocó compartir la celda con Nicolás Repetto, el prohombre socialdemócrata de tiempos de la República, que trabajosamente trataba de consolarlo con argumentos de esencia (Del futuro nel buio discerno ...¹²⁹). Le decía: “El problema de estos poderosos es que no saben que van a pasar. Y los que vengan después de ellos, también van a pasar...”.

El presidente miente, el ministro miente, el juez miente, el funcionario miente, incluso frente a evidencia irrefutable, flagrante. Y todos somos parte de la mentira a través de la magia —es decir, la racionalidad fragmentaria— de la televisión¹³⁰. ¿Por qué? Porque lo único que nos interesa es desentrañar hasta dónde quieren llegar con la mentira o el ocultamiento y quiénes son los que se benefician o perjudican con una u otro¹³¹. Tal el nivel de acostumbramiento a la mentira entre los argentinos de hoy en día¹³².

¹²⁸ Como enseña Kagan (1989, 403), “puede ser que la búsqueda plena del bien sea un límite que pocos o tal vez ninguno de nosotros pueda lograr y al que sólo podamos aspirar. Pero es la dirección indicada y podemos tratar de ir tan lejos como nos sea posible. Esto es algo que moralmente debemos hacer ... [modificando, como consecuencia,] nuestras creencias, nuestras acciones y nuestros intereses”.

¹²⁹ Como el Zaccaria de *Nabucco*, parte III, esc. 2.

¹³⁰ Como si los medios de difusión, mediante su influjo ofuscador de euforia y depresión (*climax-bathos*), proveyeran la masa de equilibrio del cuerpo social.

¹³¹ Dante Alighieri se encuentra con los falsarios, sometidos a una violentísima fiebre, en el décimo foso del octavo círculo del infierno (canto XXX), el de los fraudulentos. Claro que, desde la visión relativista del corrupto, es una ubicación mejor que la del noveno, el círculo de hielo reservado para los traidores y morada de Lucifer (cantos XXXII al XXXIV).

¹³² *E scherzo od è follia ... la lor credulità!*, se burla Riccardo de sus sujetos, que parecen creerle a la adivina Ulrica (*Ballo in maschera*, acto I, esc. 2). La presencia de pitonisas, manosantas y pronosticadores, y su influencia en decisiones trascendentes, es un capítulo subestudiado de la

Aunque también es cierto que la función de gobierno –sacarles o no darles a unos para darles a otros–, así como muchas instancias de la vida en sociedad, requieren un cierto grado de confidencialidad¹³³. Por ejemplo, ahora sabemos que no fue la carrera armamentista del presidente Reagan lo que principalmente precipitó la caída de la Unión Soviética. Pero si no hubiera sido por la guerra de nervios, a menudo clandestina, de Reagan, Bush, Thatcher y del propio papa Juan Pablo, ese proceso podría haber llevado toda una generación en vez de precipitarse en un par de años¹³⁴.

En una nación de personas dignas, que abrigan pacíficamente convicciones éticas, religiosas, filosóficas e ideológicas diferentes, es imprescindible que exista una moral social –racional– para que todos podamos analizar, con coherencia y profundidad, las cuestiones que nos afligen¹³⁵. Si no es posible sintonizar la discusión bienintencionada y todos terminamos repitiendo los argumentos de los engañosos que no sienten ningún prurito por contradecirse hoy y desdecirse mañana. Es más, terminamos sentados a la mesa de los corruptos, como si no existiera el recurso del oprobio¹³⁶.

En *Los miserables*, ese friso monumental de la condición humana, Víctor Hugo no cae en la ingenuidad de hacernos creer que los pobres y los campesinos son todos buenos y los ricos y poderosos, todos corruptos¹³⁷. Nos enfrenta con pobres buenos y pobres malos y así también son los aristócratas, los burgueses,

psicología social del poder, más allá de las alucinaciones nazis y de la atención que les prestaba la señora de Reagan, reveladas en 1988.

¹³³ Maquiavelo (cit. por Berlin 1998, 304ss; *cf.* Mt. 18:15) advertía que “los estados y los pueblos se gobiernan de modo diferente que los individuos”.

¹³⁴ El senador estadounidense Daniel Moynihan (1998) cita numerosos ejemplos de la incapacidad de los organismos de inteligencia de su país para calibrar el verdadero peligro e intenciones soviéticos durante la Guerra Fría, mientras dejaban sin procesar información cierta acerca de espías infiltrados al más alto nivel, como Alger Hiss (el primer secretario general *pro tempore* de la Organización de las Naciones Unidas) y Harry Dexter White (el principal negociador de los acuerdos de Bretton Woods en 1944).

¹³⁵ *Vide* Etzioni 1996, 12ss.

¹³⁶ Malo es comer del mismo plato con ellos; es decir, en búsqueda de complicidad provechosa. De las 14 ó 16 veces en que Jesucristo aparece comiendo en los evangelios, varias de ellas son con personas entonces consideradas corruptas o indignas, pero con el objetivo de redimirlas (e.g., Lc. 7:34-50).

¹³⁷ Robb 1998, cap. 17.

los religiosos, los uniformados, hombres, mujeres y niños. Lo que Hugo nos conmueve a reconocer es que en tiempos de gran crisis moral abundan las víctimas como Jean Valjean, condenado a 19 años de reclusión por robar un pan para dar de comer a otros; abundan los que haciendo el trabajo sucio del poder medran con la autoridad, como el inspector Javert, y abundan los que se llenan los bolsillos en el desorden, empujando impudicamente a otros al abismo, como los Thénardier.

Hay pecados más graves que otros porque son ellos mismos simiente de pecado. Con su espiral de expectativas incumplidas y desengaños inevitables, la mentira debilita la dignidad del mentiroso pero también, muy a menudo, la libertad de la víctima¹³⁸. Peor aún, la mentira somete a la relación humana a una suerte de engranaje de imitación y revancha –ver una y otra vez a la víctima como objeto– del que es muy difícil sustraerse¹³⁹.

¿Se pueden solucionar los problemas esenciales con la presencia constante de la mentira y a pesar del acostumbramiento al engaño? Porque también podemos recurrir al psicoanálisis, al frenesí de la farándula y las drogas, a las explicaciones con que nos tienta la magia –es decir, la racionalidad fragmentaria– de los mercados. Durante casi todo el siglo los argentinos hemos buscado culpables, echando mano a fantasmas como la dependencia, la sinarquía, el imperialismo, la antipatria, el (neo)liberalismo –ahora, la corrupción de los otros–, para terminar invariablemente en el más crudo positivismo. Todos esos callejones sin salida, que jamás sitúan al enemigo dentro de nosotros mismos, naturalmente no han dado con la respuesta y deberían estar definitivamente desechados¹⁴⁰.

Como enseña San Gregorio Magno, el grado máximo de pecado es rendirnos a la desesperanza¹⁴¹ y aceptar vivir “con la moralidad de los burdeles, con la complicidad de los mafiosos,

¹³⁸ *Jn.* 8:32.

¹³⁹ *Ef.* 4:24-25. Como reflexiona Tönnies (1940, 147), “la vanidad precisa de otra gente como un espejo; el interés egoísta, como herramienta”.

¹⁴⁰ “El engaño a sí mismo, sostiene Smith (1759, cap. IV), esta fatal flaqueza de los hombres, es causa de más de la mitad de los desórdenes de la vida humana. Si pudiéramos vernos del modo que nos ven los otros o del modo como nos verían si lo supieran todo, sería inevitable una reforma general”. *Vide* Fernández Armesto 1995, 521-528.

¹⁴¹ Cit. por Santo Tomás, I.II.q72.a7.obj2.

con la solidaridad de los pabellones carcelarios, con la esperanza de los campos de concentración... Que la Argentina sea el repositorio final de los corruptos y los tontos; es decir, que sea tierra arrasada de aquellos a quienes les conviene quedarse y de los que no se pueden ir”¹⁴².

Estamos todavía a tiempo de aspirar al sueño agatópico (*de procurar lo bueno posible en vez de lo perfecto inalcanzable de la utopía*). Podemos dedicarnos en serio, todos juntos, a desbrozar el camino de obstáculos y confundidores a sueldo, escudriñando la esencia de nuestros problemas, no su envoltorio, por vistoso que él sea. Es el camino en el que se aúnan recursos y renunciamentos. El que nos obliga a brotar de nuestra propia riqueza interior, como reclamaba Ortega en tiempos de la República, en vez de mantenernos en perpetua deserción de nosotros mismos¹⁴³.

“¿Qué es la verdad?”, le replica Poncio Pilato a Jesucristo, como lo haría más de un poderoso en la actualidad¹⁴⁴. La pregunta no es retórica sino de esencia: el poderoso tiende a descreer de la verdad, ocupándose de la aprehensión formal de los hechos. Como si, tácitamente, su respuesta fuera “Verdad es lo que yo logro imponer a los demás”, manipulando una y otra vez las reglas de un juego de abalorios de resolución múltiple. Esa es la razón profunda por la que una comunidad madura no puede depositar su fe en príncipe alguno¹⁴⁵, mucho menos ofreciéndose como víctima propiciatoria del mentiroso cebado. Una comunidad madura se funda en la verdad y la justicia¹⁴⁶, porque la Verdad, la Justicia y el Honor no sólo existen sino que están reclamando el lugar que les corresponde, a pesar de que a menudo nos agobien la desvergüenza, la corrupción y la mentira de los que no reconocen límites a la indecencia.

¹⁴² Agatiello 1992, 47, 49.

¹⁴³ Los cristianos así también cumplimos el mandato paulista: “Hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros” (Ef. 4:25). *Etiam* Ortega y Gasset 1929, 663.

¹⁴⁴ Jn. 18:38.

¹⁴⁵ *Sal.* 146:3. Así también le hace decir Dante a Marco (Purgatorio, canto XVI): “Porque el pastor que va delante puede dirigir bien con su voz, pero no lo hace con sus obras, y el rebaño, al ver que el que le guía únicamente atiende al falso bien que él codicia, con esto se satisface y ninguna otra cosa busca”.

¹⁴⁶ *Pr.* 14:34.